

# Help wanted male

It's a little over a year since the release of *Die Hard*, and the movie has become a classic. It's a little over a year since the release of *Die Hard*, and the movie has become a classic. It's a little over a year since the release of *Die Hard*, and the movie has become a classic.

by **BEN SVETKEY**



**F**or a long time, we've been told that *Die Hard* is a classic. It's a little over a year since the release of *Die Hard*, and the movie has become a classic. It's a little over a year since the release of *Die Hard*, and the movie has become a classic.

It's a little over a year since the release of *Die Hard*, and the movie has become a classic. It's a little over a year since the release of *Die Hard*, and the movie has become a classic.

It's a little over a year since the release of *Die Hard*, and the movie has become a classic. It's a little over a year since the release of *Die Hard*, and the movie has become a classic.

It's a little over a year since the release of *Die Hard*, and the movie has become a classic. It's a little over a year since the release of *Die Hard*, and the movie has become a classic.

## THE DIE HARD CLASSIC

It's a little over a year since the release of *Die Hard*, and the movie has become a classic. It's a little over a year since the release of *Die Hard*, and the movie has become a classic.

It's a little over a year since the release of *Die Hard*, and the movie has become a classic. It's a little over a year since the release of *Die Hard*, and the movie has become a classic.

It's a little over a year since the release of *Die Hard*, and the movie has become a classic. It's a little over a year since the release of *Die Hard*, and the movie has become a classic.

# **Rex Todhunter Stout**

## **El sustituto**

*(Help Wanted, Male)*

# GUÍA DEL LECTOR

*En un orden alfabético convencional relacionamos a continuación los principales personajes que intervienen en esta obra:*

BRENNER (Fritz): Mayordomo y cocinero de Nero Wolfe.

CARPENTER: General del Departamento de Guerra en Washington.

CRAMER: Inspector de la Brigada

de Homicidios.

DOYLE: Detective de la Agencia Cornwall y Mayer.

FIFE: General del Departamento de Guerra en Nueva York.

GEER (Jane): Ex novia del capitán Root.

GOODWIN (Archie): Colaborador de Nero Wolfe.

H. H. HACKETT: Sustituto incidental de Nero Wolfe.

JENSEN (Ben): Editor, asesinado.

JENSEN (Emile): Mayor, hijo de Ben Jensen.

ROOT (Peter): Procesado por traición,

STEBBINS (Purley): Sargento de la

Brigada de Homicidios.

WOLFE (Nero): Detective privado.

# CAPÍTULO PRIMERO

Ben Jensen era un editor, un político y, en mi opinión, un hueso. Cierta tiempo atrás estuvo a punto de cometer una felonía. Un capitán de la Armada, Peter Root, le había propuesto venderle información secreta, y si Jensen hubiese tenido la seguridad de endosarla a buen precio a una potencia extranjera, sin riesgo de perder su reputación y la libertad, casi me atrevo a creer que

hubiera aceptado la oferta. Pero al final decidió continuar siendo un ciudadano honrado y cooperó con Nero Wolfe para desenmascarar al culpable. Esto había sucedido unos dos meses atrás.

Y he aquí que de pronto, un martes por la mañana, telefoneó Jensen diciendo que necesitaba ver a Wolfe. Cuando le dije que estaría ocupado con sus orquídeas hasta las once como de costumbre refunfuñó un rato y convino en venir a las once en punto. Llegó cinco minutos antes y le introduje en el despacho ofreciéndole el sillón rojo frente a la mesa de Nero Wolfe.

Después de acomodarse a su gusto dijo, observándome con más atención.

—Creo que le recuerdo. ¿No es usted el mayor Archie Goodwin?

—Sí

—¿Cómo es que no lleva uniforme?

—Acabo de notar —repuse— que necesita usted un corte de cabello. Su pelo gris luciría mejor con un buen corte. Le daría un aspecto más distinguido. ¿Desea continuar con sus comentarios personales?

Se oyó el zumbido del ascensor al detenerse en el vestíbulo y a los pocos minutos Wolfe entró en la habitación. Saludó cordialmente al visitante y colocó sus 250 libras de peso en el sillón detrás de su despacho, hecho, naturalmente a la medida de su enorme

volumen.

—Aquí traigo algo que quisiera enseñarle —dijo Ben Jensen—. Lo recibí en el correo de esta mañana.

Sacó un sobre del bolsillo y se lo entregó a Wolfe, quien después de haberlo estudiado detenidamente, así como el papel que iba dentro, me lo pasó sin comentarios. La carta iba dirigida a Ben Jensen en buena caligrafía. En cuanto al mensaje, era un simple recorte impreso que en grandes letras negras decía:

¡TUS HORAS ESTÁN CONTADAS  
Y ESTARÉ A TU LADO PARA VERTE  
MORIR!

—¿Y bien, Goodwin? —preguntó Wolfe.

—Puedo decirle exactamente de dónde procede esto —dije.

Jensen preguntó alterado:

—¿Quiere decir... quién lo envía?

—No, eso no. Pero el recorte está sacado del anuncio de una película que se está proyectando esos días con gran éxito. «Cita al amanecer». La vida anunciada la semana pasada en el American Magazine, y supongo que todas las revistas y periódicos deben publicar esos días el mismo anuncio. La frase publicitaria de la película parece ser ésta que han recortado de cualquier

rotativo para enviársela a usted. Si pudiéramos...

Wolfe me interrumpió con un gruñido y encarándose con Jensen preguntó:

—¿Y bien, señor?

—¿Qué es lo que puedo hacer? —  
inquirió el hombre aturdido.

—Lo ignoro. ¿Tiene sospechas de quién pudo hacer eso?

—Ninguna en absoluto. Y no me importa confesar que no me gusta el asunto. No es como un anónimo vulgar que sólo pretende asustarle a uno. ¡Fíjese bien! ¡Lo dice muy claro! Alguien pretende matarme, y no sé quién pueda ser, ni el por qué, ni cómo, ni

cuándo lo hará. Supongo que es inútil seguirle la pista a un anónimo, pero quiero protección. Quiero que me la proporcione usted al precio que sea.

Ahugué un bostezo. Sabía de antemano que no habría caso. Durante los años que llevaba viviendo con Wolfe, por lo menos le había oído decir cincuenta veces a cincuenta clientes asustados, de toda edad y condición, que si alguien se había propuesto matarles y perseveraba en su idea, lo más probable es que se saliera con la suya. En alguna que otra ocasión, si su cuenta bancaria andaba un poco floja, había colocado a Cather, a Durkin, a Panzer o a Keems de guardaespaldas de la futura víctima,

pero ahora estaban todos movilizados en el frente de Europa o el Japón, y habiendo ingresado recientemente en el Banco 5.000 dólares por los honorarios de cierto caso, Wolfe no tendría interés en el caso de Jensen.

Se limitó a aconsejarle que pidiera protección a la policía, y en último extremo, podíamos facilitarle una lista de agencias de detectives de probada integridad y competencia, que le proporcionarían vigilancia armada durante las veinticuatro horas del día mientras continuara con vida..., a razón de 60 dólares diarios por individuo.

Jensen respondió abatido que esto no le solucionaba nada. Necesitaba el

cerebro de Wolfe para zanzar el maldito asunto. Wolfe negó con la cabeza pero se abstuvo de responder. El hombre insistió. ¿Podía ayudarle Goodwin? Nero Wolfe contestó que el mayor Goodwin era un oficial del ejército de los Estados Unidos.

—Pero no lleva uniforme —estalló Jensen.

Wolfe no perdió la paciencia.

—Los oficiales destinados a ciertas comisiones del Intelligence Service —explicó—, gozan de algunas prerrogativas. El mayor Goodwin ha sido designado para colaborar conmigo en ciertos asuntos relacionados con el Ejército. Por cuyo trabajo no cobro

honorarios. Y añadiré que esta comisión oficial le deja poco tiempo libre para atender a mis propios asuntos. De modo que yo le aconsejaría, mister Jensen, que redoble sus precauciones durante un tiempo. Por ejemplo, absténgase de mojar con la lengua el engomado de los sobres... Nada más fácil que mezclar un veneno activo con el engomado de los sobres. Vigile también las puertas. Después de abrirlas, quédese a un lado hasta asegurarse de que nadie acecha tras ella. Esté atento a estas pequeñas cosas, y mantenga los ojos bien abiertos.

—Pero, ¡cielos! ¡Mister Wolfe...!

—Es tal como le digo. Y recuerde bien esto: su comunicante anónimo se ha

comprometido seriamente, dice que estará a su lado para verle morir. Pues bien, si no es un farsante, esto limitará forzosamente sus métodos para el asesinato. Tiene que estar con usted cuando esto suceda, o muy cerca de usted. De modo que le recomiendo de nuevo prudencia y una discreta vigilancia. Use su cerebro, pero no insista en alquilar el mío. Y no se deje dominar por el pánico. Archie, ¿cuántas personas me han amenazado de muerte durante los últimos diez años?

—Tal vez unos veintidós —dije. Wolfe soltó un bufido.

—¡Más de cien...! Y todavía no he muerto, mister Jensen.

Ben Jensen se embolsó el sobre conteniendo la misteriosa misiva y salió poco más o menos como había entrado, salvo por el valioso consejo de los sobres engomados y las puertas abiertas. Lo compadecí sinceramente cuando fui a acompañarle hasta la puerta de la calle, tanto que le aconsejé que fuera a la Agencia de Cornwall y Mayer si necesitaba ayuda; contaba con valiosos elementos para cualquier menester.

De regreso a la oficina me planté ante el despacho de Wolfe en una actitud arrogante. Necesitaba comunicarle una noticia, y pensé que si asumía el aspecto de un mayor del Ejército en funciones, tal vez tendría más probabilidades de

éxito.

—Tengo una cita en Washington — dije—; el jueves a las nueve de la mañana, con el general Carpenter.

Las cejas de Wolfe se alzaron un milímetro.

—¿De veras?

—Sí, señor. La solicité yo. Desearía embarcarme, echar un vistazo al frente alemán, hacer algo...

—Tonterías —dijo plácidamente Wolfe—. Sus tres últimas peticiones para incorporarse a las fuerzas de Ultramar le han sido denegadas.

—Lo sé —dije persistiendo en mi actitud—. Pero esto es cosa del viejo Fife. Carpenter comprenderá mi punto

de vista. Admito que es usted un gran detective y un notable cultivador de orquídeas, un auténtico campeón gastronómico, un formidable bebedor de cerveza y un genio, pero llevo más de cien años trabajando con usted..., o por lo menos un montón de años, y este es el modo más idiota que he conocido para ganar una guerra. Pienso ver al general Carpenter y decirle todo esto. Naturalmente, le consultará a usted por teléfono. De modo que apelo a su patriotismo para hacer que no fracase mi gestión. Si le dice a Carpenter que yo le soy imprescindible aquí..., soy capaz de echarle azúcar en la cerveza y hasta...

Wolfe me miró mudo de asombro. La

sola idea de beber cerveza mezclada con azúcar le había dejado sin habla.

Vista su reacción me humanicé un poco. Sentado a mi despacho le dije en un tono más amable:

—Le he dicho a Jensen que Cornwall y Mayer es la mejor agencia de detectives para un caso como el suyo.

Wolfe emitió un gruñido.

—Gastará inútilmente su dinero —dijo—. Dudo que el caso sea tan urgente. Un hombre que planea un asesinato no se entretiene en recortar anuncios de películas; es una idiotez.

Esto fue un martes. A la mañana siguiente, miércoles, toda la prensa de la ciudad publicaba en primera página el

asesinato de Ben Jensen. Mientras me desayunaba me entretuve en leer entero el reportaje del suceso, y apenas terminado sonó el timbre de la puerta. Fui a abrir y me encontré con nuestro viejo amigo el inspector Cramer, de la Brigada de Homicidios.

# CAPÍTULO II

—No me interesa el asunto —dijo Nero Wolfe—. No es un caso mío ni de mi incumbencia. No quiero saber nada de él.

Verlo en la cama, con la bandeja del desayuno sobre las rodillas, era todo un espectáculo. Todos los días a las ocho en punto le llevaba Fritz el desayuno a la cama. Eran ahora las ocho y cuarto y ya se había tomado los melocotones con crema. Cuando entré con Cramer estaba despachando una ración de huevos con

jamón, y todavía seguían luego tostadas con mantequilla, jalea de frambuesa y café.

El rico cobertor de seda negra había sido doblado hacia el pie de la cama, dejando bien visibles las sábanas amarillas que se confundían con el pijama amarillo de Nero Wolfe. Como dije antes, todo un espectáculo. Salvo Fritz y yo, pocos son los que han visto a Wolfe en ese despliegue de exotismo con que gusta de rodearse en la intimidad, pero Cramer había insistido en verlo, porque sabía que de 9 a 11 está ocupado con sus orquídeas y que durante esas dos horas no consiente en recibir a nadie. De modo que allí estábamos.

—Durante los últimos doce años — dijo Cramer sin alterarse, ante la rotunda negativa de Wolfe—, calculo que en números redondos me habrá dicho por lo menos un millón de mentiras.

Wolfe, para quien las horas de comida eran sagradas, siguió comiendo tranquilamente sus tostadas y bebiendo a pequeños sorbos el café. Aparentemente el insulto no había atravesado su epidermis.

—Jensen vino a verle ayer por la mañana, doce horas antes de ser asesinado. No puede negar este hecho.

—Ya le he dicho por qué vino — dijo Wolfe con calma—. Había recibido

un anónimo y pretendía que yo le ayudara. Rehusé hacerlo y se marchó. Eso es todo.

—¿Por qué rehusó ayudarle? ¿Es que tenía algo contra él?

—Nada. —Wolfe se sirvió más café—. Es simplemente que no me dedico a esa clase de trabajos. Un hombre al que han amenazado de muerte se encuentra en uno de esos dos casos: puede ser una amenaza sin consecuencias que no entraña el menor peligro, o bien el peligro puede ser tan inminente que ya no le queda la menor posibilidad de salvarse. Mis únicos tratos con mister Jensen datan de dos meses atrás, en relación con el caso del capitán Root.

Peter Root intentó venderle información secreta de la Armada con miras a una potencia extranjera; entre los dos conseguimos las pruebas suficientes para una acusación en regla, y el capitán fue juzgado por un Consejo de Guerra. Supongo que recordando mi intervención en el caso es por lo que mister Jensen vino a mi despacho ayer en busca de ayuda.

—¿Sospechaba tal vez que ese anónimo pudo enviárselo alguien relacionado con el capitán Root?

—No. Ni siquiera mencionó a Root. Dijo que no sabía quién pudiera tener interés en matarlo. Cramer suspiró.

—Esto es lo que le dijo también a

Tim Cornwall. Cornwall tiene la impresión de que usted se negó a aceptar el caso porque lo consideraba... un caso perdido. Naturalmente, el hombre está que echa chispas. Ha perdido uno de sus mejores hombres.

—Le sobra la razón —dijo Wolfe suavemente—. Si es que era uno de los mejores...

—Esto es lo que dice Cornwall —insistió Cramer—. Ese Doyle ha estado trabajando con él más de veinte años, y era uno de los buenos, con una hoja de servicios inmejorable. Por lo demás, la reconstrucción de los hechos no parece acusarle de negligencia. Jensen fue a la Agencia de Cornwall y Mayer ayer a

mediodía, y ya salió de allí acompañado de Doyle como guardaespaldas. Hemos podido seguir todos sus movimientos... Nada fuera de lo corriente. Por la noche asistieron los dos a la reunión de socios de un club del centro, y salieron a las once. Todo hace suponer que regresaron directamente a casa; al domicilio de Jensen en la calle Setenta y Tres, cerca de la Avenida de Madison, porque a las once y cuarenta y cinco fueron muertos cuando se disponían a entrar en la casa. Los dos recibieron un balazo en el corazón con un revólver del calibre 38. Doyle fue herido por la espalda, y Jensen de cara. Tenemos las cápsulas pero nada más; ni señales de pólvora ni

nada.

Wolfe murmuró con sarcasmo, mientras dejaba la taza de café sobre la bandeja:

—¿Y era el mejor hombre de Cornwall ese Doyle?

—Sí, pero recuerde que fue herido por la espalda —dijo Cramer con calor—. Hay un callejón estrecho y mal alumbrado escasamente a diez pasos de la casa. El individuo pudo estar apostado allí. O pudo disparar desde un coche o del otro lado de la calle..., aunque a esa distancia no le hubieran bastado dos disparos para hacer blanco. Hay más: nadie oyó los disparos. El portero estaba en los sótanos, atizando

el fuego de la calefacción, porque andan escasos de servicio como todo el mundo. El empleado del ascensor estaba en camino hacia el décimo piso, con un inquilino. Los cadáveres fueron descubiertos por dos mujeres que salían del cine y regresaban a casa. No llevaban muertos más de cinco minutos cuando pasaron ellas. Acababan de apearse del autobús de la Avenida de Madison que tiene la parada en la esquina.

Wolfe se levantó de la cama, una operación que valía la pena pagar para verla. Consultó el reloj de la mesita de noche. Marcaba las 8.30.

—Lo sé, lo sé —gruñó Cramer—.

Tiene que vestirse para subir arriba y deleitarse con sus orquídeas, que Dios confunda. El inquilino que subía al décimo piso es un reputado doctor que apenas conocía a Jensen de vista. Las dos mujeres que descubrieron el crimen son dos maniqués de la Séptima Avenida. Nunca habían oído nombrar a Jensen. El empleado del ascensor ha estado trabajando en la casa más de veinte años; dice que Jensen era un hombre considerado y liberal en las propinas, y estimado de todos los empleados de la casa. El portero es un tipo enormemente gordo. Ocupa el cargo desde hace solamente dos semanas y no conoce a ninguno de los inquilinos por

su nombre. Aparte de eso, tenemos el continuo trasiego de gente que va y viene; amigos, invitados... que en una casa de esas proporciones se cuenta por centenares. Este es el motivo de mi visita, mister Wolfe, y por lo que más quiera, dígame lo que sabe del caso. Ya puede suponer lo mucho que necesito su información.

—Mister Cramer, repito lo que le dije antes. No sé absolutamente nada. — Y Wolfe se dirigió pausadamente al cuarto de baño.

Dos minutos más tarde, cuando bajé con el inspector Cramer para acompañarle a la puerta, se volvió hacia mí con una mirada aviesa.

—Una advertencia respecto a ese cobertor de seda negra: puede servirle de mortaja cuando le llegue la hora. Avíseme y vendré para darle unas puntadas y cerrar.

Le miré disgustado.

—Se enfada cuando nos guardamos algún triunfo en la manga, y se enfada cuando le decimos la verdad—dije—. Uno nunca sabe.

Entré en el despacho para echar una ojeada al correo de la mañana. Había, como de costumbre, un montón de circulares, catálogos, consultas sin el cheque obligado, y otras cartas de escaso interés, y estaba llegando ya al final del montón cuando me vino a las

manos una carta que me llamó la atención.

Iba dirigida a Nero Wolfe, y después de estudiarla más detenidamente tuve la seguridad de que la escritura y el tipo de sobre eran exactamente iguales que las que nos había enseñado ayer Ben Jensen. Solté un taco, dejé el resto de la correspondencia a un lado y, con la carta abierta en la mano subí la escalera a toda velocidad hasta la azotea jardín. Atravesé tres invernaderos atestados de redomas de cristal en los que germinaban los híbridos de Cattleya y un sinfín de orquídeas más, hasta que di con Wolfe en un pequeño cobertizo conferenciando con Theodore

Horstmann, el jardinero, en presencia de un ejemplar recién llegado de Sphagnum, que debía ser cosa buena.

—¿Bien? —me preguntó con escasa amabilidad. Por lo general no admite interrupciones de ninguna clase durante las dos horas que dedica a sus orquídeas.

—Sé que no debí molestarle —dije resentido—; pero en el correo de esta mañana ha llegado una carta que creo que puede interesarle. —Y dejé sobre el banco el sobre y su contenido: un recorte igual que el que había recibido Jensen, escrito en grandes caracteres negros de imprenta, y que decía exactamente lo mismo:

¡TUS HORAS ESTÁN  
CONTADAS... Y ESTARÉ A TU LADO  
PARA VERTE MORIR!

—No deja de ser una coincidencia  
—dije sonriendo.

# CAPÍTULO III

Contra lo que esperaba, ni siquiera se molestó en coger el sobre y echarle un vistazo. Al contrario, el vistazo me lo echó a mí, y no muy alentador por cierto.

—Veré la correspondencia a las once como de costumbre —dijo.

El hombre no renunciaba jamás a su prosopopeya, y comprendiendo que ya no lograría arrancarle ni una palabra más, recogí la carta, y bajé de nuevo al despacho donde me entretuve en contestar la correspondencia arrasada,

poner al día las estadísticas de las orquídeas y archivar los ejemplares recién llegados.

A las once en punto entró Wolfe y procedió a la rutina de todos los días. Revisó la correspondencia, firmó cheques, me redactó algunas cartas, comprobó el estado de su cuenta bancaria y pulsó el timbre pidiendo cerveza. Entró Fritz con la bandeja, y después de beberse Wolfe medio vaso, se apoyó en el respaldo de su monumental sillón y entornó los ojos.

—Archie —dijo—, este anuncio que me enseñó arriba podía haberlo recortado usted mismo de cualquier revista y echarlo al correo anoche. Nada

más sencillo.

—¿Por qué iba a hacer eso? —dije sonriendo—. Es una solemne tontería. Nunca hago las cosas sin un propósito concreto, y ¿qué hubiera conseguido con eso? Nada más que enfurecerle y sacarle de tino en un momento en que necesito precisamente predisponerlo a mi favor. Cuando el general Carpenter le telefonee desde Washington para pedirle informes míos, me interesa que se los dé inmejorables.

—Tendrá que aplazar ese viaje a Washington, naturalmente.

—No puedo hacerlo. Tengo una cita con un general. Y después de todo, ¿por qué aplazar el viaje? —Indiqué el

anónimo abierto sobre la mesa—. ¿Por esa paparrucha...? ¡Bah! El hombre que planea un asesinato no se entretiene en recortar anuncios de un periódico, y...

—¿Piensa ir a Washington?

—Sí, señor. Estoy citado allí. Claro que podría telefonar a Carpenter solicitando un aplazamiento si este anónimo le ha puesto tan nervioso que...

—¿Cuándo se marcha?

—Tengo reserva de butaca para el expreso de las seis de la tarde de hoy. Pero podría coger otro tren si...

—Bien. Si se marcha a las seis tenemos casi todo el día de tiempo.

Wolfe se llenó otro vaso de cerveza y se arrellanó en la butaca.

—Voy a sincerarme en vista de sus reticencias —dijo—. Cuando mister Jensen vino ayer con ese anónimo, ni él ni nosotros teníamos la menor idea de quién pudiera ser el autor del mismo. Podía ser la obra de un cobarde sin otro objeto que el de perturbar su digestión. Pero ahora ya tenemos una referencia. El misterioso comunicante no sólo ha cumplido su amenaza matando a Jensen, sino que eliminó también a mister Doyle, un extraño, con cuya presencia no contaba. Se traía pues de una persona de sangre fría, inexorable, dispuesta a cumplir el fin propuesto a todo trance, y un ego maniático.

—Sí, señor. Estoy de acuerdo. Si se

queda usted en cama mientras voy y vengo de Washington, sin permitir a nadie la entrada a su cuarto menos a Fritz, y tiene cuidado en no mojar con la lengua los sobres de las cartas, creo que los dos estaremos relativamente seguros hasta que...

—Déjese de fantasías —murmuró Wolfe—. Este anónimo no tiene nada que ver con usted. Es a mí a quien han amenazado.

—Sí, señor.

—Y está comprobado que se trata de una persona peligrosa que requiere atención.

—Sí, señor.

—Bien —dijo Wolfe entornando los

ojos—. Tome nota de mis conclusiones: Si este sujeto se ha propuesto liquidarme como ha hecho con mister Jensen, es que está relacionado con el caso del capitán Root, porque ésta es la única conexión que he tenido con mister Jensen. ¿Recuerda las circunstancias del caso?

—Están archivadas. Un Consejo de Guerra le condenó a tres años de cárcel.

—¿Sigue allí...? Indague también el paradero de su novia, aquella joven impulsiva que se puso como loca al publicarse la sentencia de Root. Creo que su nombre es Jane Geer. —Los ojos de Wolfe parpadearon maliciosamente—. Sé que usted se da buena maña para

localizar muchachas atractivas. ¿Cuánto tiempo hace que no la ha visto?

—Pues... —dije con estudiada indiferencia—. En realidad quedamos amigos, y creo que no me sería difícil comunicarme con ella. Pero dudo que...

—No dude. Hágalo. Quiero verla. Informe también al inspector Cramer de lo que acabamos de hablar, y pídale que investigue el pasado del capitán Root...: sus parientes y amigos... cualquiera que pudiese estar interesado en vengarle. Si el capitán Root sigue en la cárcel, pídale al general Fife que lo trasladen a Nueva York. Necesito interrogarle. Procúrese el recorte de prensa que recibió mister Jensen ayer. Pídale a mister Cornwall y

a mister Cramer. Existe la posibilidad de que éste que he recibido yo no sea otro recorte, sino el mismo de ayer.

Negué con la cabeza.

—No, señor. Este ha sido recortado dejando un margen más amplio en la parte superior.

—Lo advertí. Pero pida el recorte de Jensen de todos modos. Antes de marcharse revise las cadenas de seguridad de las puertas y el batintín de su habitación. Fritz dormirá en su cuarto durante su ausencia. Hablaré con Fritz y Theodore. Y acuérdesese ante todo de telefonar a miss Geer. No la mencione a Cramer. Quiero verla antes que él. ¿Cuándo regresa de Washington?

—Puedo tomar el tren del mediodía..., mi cita es a las nueve. Llegaría aquí a las cinco de la tarde — dije—. Si consigo el permiso de Carpenter para embarcar hacia Europa, procuraré que me den un tiempo prudencial para poder dejar liquidado este asunto. No quisiera...

—No se preocupe por mí, ni altere sus planes. Recibe usted un salario del Gobierno y su deber es cumplir con él. —El tono de Wolfe era seco y cortante—. Póngame con el general Fife, por favor. Empezaré indagando algo sobre el capitán Root.

Todo salió satisfactoriamente menos la comunicación con Jane Geer. A no ser

por su culpa hubiera tenido tiempo de coger el tren de las seis con horas por delante. Fife nos informó que Root estaba todavía en la penitenciaría de Maryland y que haría lo posible para que fuera trasladado a Nueva York sin dilación, para una entrevista con Wolfe. Cornwall dijo que había entregado el anónimo de Jensen al inspector Cramer, y éste lo confirmó. Pero Cramer me dio la impresión de estar demasiado ocupado para prolongar esa conversación por teléfono, y tuvimos evidencia de ello al verle aparecer por casa cuando acabábamos de comer. Se apoltronó en el sillón rojo, contempló a Wolfe con fiereza y dijo con sarcasmo:

—De modo que no tenía nada que ver con el caso y no le interesaba en absoluto, ¿eh?

Como es de suponer, Wolfe le contestó en el mismo tono, y durante tres minutos hubo entre ellos un fuego graneado. Luego se aplacaron y empezaron a discutir el asunto razonablemente. Cramer llevaba encima el recorte que había recibido Jensen, lo compararon con el de Wolfe y comprobaron que los dos procedían de la misma revista, lo que no solucionaba nada. Fue discutido ampliamente el episodio del capitán Root (aunque sin mencionar a Jane Geer), y Cramer prometió efectuar las diligencias

necesarias para obtener una sólida información de su vida pasada, sus amistades, etc. Luego, cuando Cramer dijo que sus hombres no habían conseguido el menor indicio en el asesinato de Jensen y Doyle, Wolfe aprovechó la ocasión para soltar un par de alfilerazos, Cramer le devolvió el cumplido, y la conferencia acabó tan borrascosa como había empezado.

Tuve poca suerte con Jane Geer. Cuando antes del mediodía telefoneé a la agencia de publicidad donde trabajaba, me comunicaron que estaba en algún lugar de Long Island visitando un cliente, y no pude localizarla hasta las cuatro de la tarde. Contestó

amablemente a mi llamada considerando, sin duda, que un individuo que telefonea cinco veces en un solo día tiene que estar forzosamente muy interesado en ver a una chica. No obstante se negó a venir a la oficina de Wolfe si antes no la invitaba yo a un combinado para explicarle de qué se trataba, de modo que acordamos encontrarnos en el salón Calicó, del Churchill.

Había tenido Jane un día muy ocupado, pero al verla parecía tan fresca y pimpante como si hubiese dedicado la tarde a dormir una plácida siesta y tomarse un refrescante baño.

No entraba en mis cálculos

atribuirle, a tan seductora criatura, la culpabilidad de un crimen premeditado y ejecutado a sangre fría. Durante el breve período de nuestra amistad había podido comprobar que Jane era impulsiva y temperamental, una de esas mujeres que se entregan apasionadamente a una idea o a un amor y que son capaces de defenderlo con impetuosa tenacidad. Pero aun así me daba cuenta de que el asesinato de Jensen y Doyle, uno de ellos desconocido del criminal, no encajaba en su modo de ser. No dejé de observar también que su admiración por el capitán Peter Root había sufrido un brusco viraje desde el día en que se

insolentó con Wolfe llamándole un maldito sabueso y otras cosas.

Me miró con una expresión entre divertida y maliciosa, y dijo, tendiéndome la mano:

—Enséñeme su dedo índice de la mano derecha. Se lo enseñé y lo frotó suavemente con el suyo. —Tenía curiosidad por saber —dijo— si le había salido un callo después de llamarme cinco veces en menos de cinco horas. ¿Es que se trata de ganar una apuesta o algo por el estilo?

Bebió lentamente unos sorbos de su «Tom Collins» y al inclinarse hacia delante un mechón de cabellos le cayó sobre la mejilla ocultándole en parte el

rostro. Con el mismo índice que había sometido a su examen le retiré el cabello hacia atrás.

—Me he tomado esa libertad —expliqué—, porque quiero gozar de su bello rostro sin interferencias. Y también porque quiero ver si palidece o sus ojos echan chispas dentro de un rato.

—¿Por la emoción de tenerlo tan cerca? —preguntó con ironía.

—No. Conozco ya esa reacción. Por otra parte, me siento poco dispuesto a mostrarme simpático esta tarde; he perdido el tren por su culpa.

—No he sido yo quien ha telefoneado. Ha sido usted.

—De acuerdo —dije encendiendo

un cigarrillo—, a menos de saber cuál era el motivo de la entrevista. Cuando la telefoneé esta tarde me dijo usted que continuaba resentida con Nero Wolfe y que no iría a verlo. Pues bien, voy a decírselo. Wolfe tiene interés en saber si se propone matarlo usted misma o bien si ha pensado confiar el trabajo a los mismos asesinos que empleó anoche para matar a Jensen y Doyle.

—¡Cielos! —dijo mirándome a la cara—. Debiera moderar un poco su sentido del humor, ¿no cree? Se pasa de la medida.

Negué con la cabeza.

—En otras circunstancias no me importaría pasarme el resto de la tarde

charlando con usted en plan humorístico, pero no puedo perder todos los trenes. Lo que le he dicho no es una broma. Es el encargo que me dio Nero Wolfe para usted. Su vida ha sido amenazada usando los mismos procedimientos con que fue amenazada la vida de Jensen. Se supone que Ben Jensen ha sido asesinado para vengar su intervención en el asunto del capitán Root. Ahora bien, fundándose en la violenta actitud adoptada por usted cuando Root fue procesado y condenado, Wolfe tiene interés en averiguar cuáles han sido sus actividades en esos últimos tiempos. Y creo que la policía también. Por eso Wolfe quisiera interrogarla cuanto antes.

Y será inútil que presente una coartada admisible para ayer noche entre las once y doce, porque si usted utilizó los servicios de...

—No siga —me interrumpió Jane—.

Me parece estar soñando.

—Yo no.

—Es fantástico.

—Sí, por supuesto. Muchas cosas lo son.

—Pero... ¿es en serio que mister Wolfe cree que yo lo hice...? ¿O que mandé nacerlo?

—No dije eso exactamente. ¿No cree que sería mejor discutir el asunto con él?

Sus ojos relampagueaban y su acento

se hizo más precavido.

—Pero esto podría comprometerme seriamente, Archie. ¿Qué hay de la policía? A lo mejor ha tenido usted la luminosa idea de llevarme derecha a la comisaría en cuanto haya hablado con mister Wolfe, y francamente, no me seduce el plan. Tendría que molestarse usted en telefonar a mi jefe mañana para decirle que estoy detenida, y...

—Oiga, Jane —dije interrumpiéndola—. ¿Es que le he dado motivos para dudar de mi sinceridad? Le he contado espontáneamente la verdad del caso. Diré más aún: no hemos mencionado su nombre a la policía, a pesar de habernos preguntado

con insistencia si teníamos referencias de la novia o ex novia de Root. Por lo que a nosotros respecta, estamos dispuestos a considerarla inocente mientras las circunstancias no nos demuestren lo contrario. Lo que ciertamente no concuerda con su aspecto físico.

—¿He de aceptar eso como un cumplido?

—Como quiera. Pero lo que quiero advertirle es que para el esclarecimiento del doble crimen de anoche, la policía se ha encariñado con la idea de que hay que buscar el culpable entre los que intervinieron en el asunto del capitán Root, y es posible que emprendan

algunas indagaciones en su dirección sin consultarlo con nosotros. Creo, por lo tanto, que obraría usted cuerdamente si hablara antes con mister Wolfe, y tratara de convencerle de que no es capaz de matar ni una mosca.

—¿Por qué procedimiento? —dijo burlonamente—. Supongamos que me pregunta si he cometido yo el asesinato, le contesto que no, se excusa y me obsequia con una orquídea. ¿Cree que sería tan sencillo como todo eso desentrañar el asunto?

—No tanto. Wolfe es un genio. Le hará preguntas que nada tienen que ver con el asesinato; a lo mejor querrá saber si se prepara usted misma el almuerzo

cuando va a pescar, y sin que se dé usted cuenta, sus respuestas le revelarán todo lo que deseaba saber de usted.

—Suenas fascinante —dijo Jane cambiando de expresión—. Me pregunto si...

—Dígalo.

—Me pregunto —dijo—, por qué ha consentido usted en perder un tren solo para verme. Con los centenares de muchachas que suspiran por verle, hasta el extremo de tener que racionar sus compromisos para, poder contentarlas a todas, ¿cómo es posible que haya perdido la tarde conmigo...? Naturalmente, no espero que me cuente toda la verdad, pero... dígame por lo

menos, por qué se ha inventado una excusa tan absurda para verme.

—Deje de preocuparse —dije—. No necesitaba inventarme ninguna excusa para verla. Si tiene un espejo en casa, comprenderá perfectamente que un hombre puede tener ganas de verla sólo por eso; por verla. Si no le basta esa explicación y quiere profundizar más, diré que he querido comprobar mis relaciones emocionales ante determinadas formas, colores y perfumes, y que le estoy profundamente agradecido por haber cooperado en ese experimento. Añadiré que si confunde usted ese inocente experimento con una trampa para imputarle un crimen que no

ha cometido, lo consideraré como un insulto a mi inteligencia y a mi integridad emotiva.

—¡Ja, ja! —se rió Jane sin ganas, observándome especulativamente mientras se ponía en pie—. Veré a mister Wolfe, Archie. Voy a darle una oportunidad para que me juzgue según sus complicados métodos. ¿Debo ir sola, o me acompañará usted?

La acompañé. Pagué la cuenta de lo bebido y tomamos un taxi.

Durante el breve recorrido hasta casa, Jane se mostró más comunicativa. Entre otras cosas dijo:

—Estaba realmente obcecada con Peter Root. Le creía inocente, acusado

injustamente por gentes que querían perderle, y le defendí lealmente, tal vez demasiado impulsivamente, como usted sabe. Pero luego descubrí la verdad y ya no quise saber más del asunto. En cuanto a ese asesinato, del que me enteré por la prensa de esta mañana, todo lo que tengo que decirle es que soy una muchacha que trabaja y que tiene un excelente empleo. Después de mi experiencia con el irresistible y seductor Peter Root no me casaría por nada del mundo con una combinación de Winston Churchill y Víctor Mature. Tengo mejores perspectivas para el futuro. Me propongo llegar a ser la primera vicepresidenta femenina de la más

grande agencia publicitaria del país. Esto, como comprenderá, sería imposible si mi nombre apareciera envuelto en un caso de asesinato. La publicidad que tuve que soportar en el caso de Peter Root ya me perjudicó más de lo conveniente, de modo que yo creo que ésta es mi mejor defensa. ¿Qué iba a ganar con ese estúpido asesinato? Sólo arruinar mi vida.

—Bien —dije—. Expóngale esto mismo a mister Wolfe. Tiene una opinión algo peculiar de las mujeres que dirigen empresas comerciales, y de las mujeres en general., pero...

—Sé perfectamente cómo manejar a Nero Wolfe.

—La felicito. Nadie ha podido nacerlo hasta hoy.

Sin embargo, Jane no tuvo ocasión de manejar a Wolfe aquella tarde, porque Wolfe no se dejó ver.

Acababa de llamar al timbre de nuestra puerta cuando apareció en escena un apuesto y elegante oficial del Ejército. Pertenecía a ese tipo de hombres físicamente perfectos que podrían servir de modelo en los folletos de propaganda, y que parecen darle a uno la impresión de que una belleza viril, arrogante y perfecta es un arma tan eficaz como otra cualquiera para ganar la guerra. He de admitir que el muchacho era apuesto de veras, sólo que

su aspecto era el de un hombre hondamente preocupado y abatido. Con todo, tuvo tiempo de echarle un vistazo a Jane, lo cual no constituye ningún delito, especialmente considerando que Jane también había tenido tiempo de echarle un vistazo a él.

En este momento se abrió la puerta y le dije a Fritz:

—Gracias, Fritz. ¿Está en el despacho mister Wolfe?

—No. Está arriba, en su habitación.

—Bien, le avisaré por teléfono. Fritz se retiró, y antes de entrar me encaré con el modelo de perfección masculina para decirle:

—Buenas noches, mayor. Esta es la

casa de mister Wolfe.

—Lo sé —contestó con voz agradable y bien timbrada—. Desearía verle. Mi nombre es Emil Jensen. Soy el hijo de Ben Jensen que fue asesinado anoche.

—¡Oh! —No tenía el menor parecido con su padre, pero la Naturaleza suele tener a veces esas distracciones—. Mister Wolfe tiene concertada una entrevista con una cliente. Tal vez ganaríamos tiempo si me expusiera el motivo de su visita.

—Se trata de una consulta personal. Le ruego que me disculpe, pero preferiría hablar con él mismo —dijo cortésmente el mayor.

—Bien. Procuraré complacerlo.

Pase usted. Entró Jane primero, luego él, luego yo. Los conduje a la oficina, donde los invité a sentarse.

Cogí seguidamente el auricular y llamé a la habitación de Wolfe.

—¿Sí? —dijo su voz desde arriba.

—Soy Archie. Miss Geer está aquí. También el mayor Emil Jensen, hijo de mister Ben Jensen. Desea exponerle personalmente el objeto de su visita.

—Excúseme con ellos. Estoy ocupado en estos momentos y no puedo recibirlos.

—¿Ocupado hasta qué hora?

—Indefinidamente, No puedo recibir a nadie esta semana.

—Pero recuerde usted que...

—¡Archie! Límitese a cumplir mi encargo, por favor.

—Colgó sin esperar respuesta.

No tuve más remedio que transmitir las órdenes recibidas, y mis dos visitantes se sintieron ofendidos y contrariados. No dudo que Jane hubiera reaccionado violentamente de no sentirse cohibida por la presencia de un extraño. En cuanto a Jensen, estaba francamente indignado y no se recataba de decirlo. Sostuve con ellos una conversación sin otro objeto que el de suavizar un poco la arbitraria actitud de mi jefe, y advertí con sorpresa que las miradas que se intercambiaban entre

Jane y el mayor iban aumentando gradualmente en simpatía e intensidad cuando se dieron cuenta de que su respectiva irritación tenía por causa el mismo individuo. Pensé que un cambio de tema podría despejar algo el ambiente y provocar, tal vez, su partida, de modo que decidí presentarlos.

—Miss Geer, permítame presentarle al mayor Jensen.

El joven se puso rápidamente en pie, se inclinó correctamente como sabe hacerlo un hombre de mundo y dijo:

—¿Cómo está usted, miss Geer...? Parece que no hemos tenido suerte, al menos por esta tarde. Tendré que tomar un taxi para dirigirme al centro. Si

puedo acompañarla hasta su punto de destino será para mí un placer.

Salieron juntos. Al bajar los tres escalones del porche el mayor le indicó a miss Geer su brazo derecho, y ella apoyó delicadamente sus dedos en la manga.

Un progreso notable —pensé—, teniendo en cuenta que Jane no era de las muchachas que se prodigan. Cerré la puerta y subí al piso de arriba, llamé a la puerta de Wolfe y entré.

El hombre se había asomado a la puerta del cuarto de baño con el rostro enjabonado y su anticuada navaja en la mano.

—¿Qué hora es? —preguntó

bruscamente.

—Las seis y media.

—¿Cuál es su próximo tren?

—El de las siete. Pero dejemos esto ahora. Tenemos trabajo entre manos y puedo aplazar la entrevista para la próxima semana.

—No. Coja ese tren.

—Pero, ¿es que no comprende que pueden presentarse complicaciones?

—No.

Intenté un último ardid.

—Hablo —dije— en interés propio. Si mientras estoy en Washington conferenciando con Carpenter nos llega la noticia de que ha sido usted asesinado, me echarán las culpas a mí

por haberle dejado solo, y se negarán a concederme lo que les pido, de modo que aunque sólo sea para...

—¡Mal rayo, Archie! —rugió Wolfe—. Perderá su tren si no corre. No tengo la menor intención de dejarme matar, conque márchese cuanto antes.

Subí en un vuelo a mi habitación, me vestí el uniforme, metí lo necesario en un maletín y salí disparado. Cogí el tren dos minutos antes de la salida.

# CAPÍTULO IV

Ya en Washington, me fui directamente a ver a Carpenter. Siendo él general y yo solamente un mayor, me quedé sentado frente a él y me limité a decir: «Sí, señor. Sí, señor. Sí, señor», mientras me explicaba que la entrevista me la había concedido solamente creyendo que yo deseaba consultarle un caso de importancia; que me quedaría donde se me había destinado; y que la cuestión de mi viaje a Europa se había decidido ya largo tiempo atrás y haría

bien cerrando la boca y no acordándome más del asunto. Nunca pude saber si Wolfe le había telefonado previamente. El caso es que todo quedó como estaba, y que al despedirme del general me dijo que, puesto que estaba en Washington, convendría que conferenciara con mis superiores sobre varios casos en camino de resolverse, y que comunicara mis impresiones al coronel Dickey.

De resultas de esa propuesta, me pasé conferenciando de una oficina a otra, todo el jueves y la mayor parte del viernes. Telefoneé a Wolfe explicándole lo ocurrido, y anunciándole mi regreso para el día siguiente si no se presentaban complicaciones.

Sin embargo, a última hora de la noche de aquel jueves estuve tentado de coger el primer avión para Nueva York al leer un anuncio en el «Star». Había estado ocupado todo el día y no había tenido tiempo de echar un vistazo a la Prensa, de modo que después de cenar subí a mi habitación del hotel provisto de un montón de periódicos de Nueva York y me dediqué a hojearlos. Me llamó la atención un anuncio con recuadro:

### SE NECESITA UN HOMBRE

que pese de 260 a 270 libras. De 45 a 55 años de edad. Facciones regulares. Estatura media. Capaz de moverse normalmente. Empleo temporal.

Arriesgado, 100 dólares por día. Envíen fotografía acompañada de carta. Apartado número 292. Star.

Leí el anuncio cuatro veces, y a continuación descolgué el auricular del teléfono y pedí conferencia con Nueva York. Era cerca de medianoche, pero Wolfe no suele acostarse temprano. Sin embargo, cuando obtuve la comunicación no fue su voz la que oí. Era la de Fritz Brenner.

—La residencia de mister Wolfe — dijo.

Fritz, que llevaba más tiempo que yo en la casa, tenía sus propias ideas respecto a ciertos detalles. Cuando contestaba al teléfono durante el día,

entre nueve y cinco de la tarde, decía: «La oficina de mister Wolfe». Pasadas estas horas, decía invariablemente: «La residencia de mister Wolfe».

—Hola, Fritz. Soy Archie. Llamo desde Washington. ¿Dónde está mister Wolfe?

—En cama. Tuvo un día laborioso. Y la noche también.

—¿Haciendo qué?

—El teléfono, señor. No paraban de llamar. Tuvo algunas visitas también; mister Cramer.

—Bien. ¿Sabe si ha leído el Star de hoy?

—¿El Star? —dijo Fritz extrañado—. No lo creo. Nunca lee el Star. Suelo

llevármelo a la cocina, y allí está todavía.

—Cójalo y busque un anuncio con recuadro en el extremo inferior de la página once, a la derecha. Léalo. Sigo con la comunicación.

Me senté a esperar. No tardó en hablarme de nuevo.

—Lo he leído.

—Su voz sonaba perpleja—. ¿Me ha llamado de Washington para gastarme una broma?

—No. No tengo ganas de bromear. Los generales de aquí me han negado el permiso para embarcarme. Cuando ha leído ese anuncio, Fritz, ¿en quién le ha hecho pensar?

—Bueno..., se me ha ocurrido que era una excelente descripción de mister Wolfe.

—Sí, también lo pensé yo. Si el que ha redactado ese anuncio no estaba pensando en Nero Wolfe, me como el papel. Enséñeselo en cuanto se levante por la mañana. Dígale que he pensado... No, no le diga nada. Sé que pensará lo mismo que yo. ¿Cómo va todo?

—Sin novedades.

—Cierre bien por las noches, con cadenas, candados y demás.

—No se me olvida estando usted fuera...

—Regresaré mañana... o así lo espero. Probablemente a última hora de

la tarde.

Mientras me preparaba para acostarme traté de imaginarme de qué modo, si yo proyectara matar a Wolfe, utilizaría un cómplice que ofreciera sus servicios a base de un sueldo eventual de cien dólares diarios, y cuyo aspecto físico pudiera confundirse fácilmente con el del propio Wolfe. No hallando una respuesta satisfactoria al problema, decidí entregarme a un sueño reparador y aplazar para otro rato mis cavilaciones,

Al día siguiente me encaminé al edificio del Pentágono y reanudé mis inútiles visitas de una oficina a otra. A las tres de la tarde tenía la impresión de

que ya formaba parte del edificio, de que aquel engranaje burocrático me había apresado en sus tentáculos. Decidí hacer algo desesperado. Si lo que querían era hacerme desistir de mi idea de incorporarme a las fuerzas de Ultramar, estaba viendo que lo conseguirían por agotamiento, pero por lo menos no me dejaría atrapar ahí dentro.

A las cinco de la tarde, rendido de cansancio, le dije a un coronel que considerando ya cumplida mi misión en Washington, tal vez fuera conveniente que me concedieran permiso para reincorporarme a mi destino de Nueva York.

—Bien —dijo frotándose la barbilla—. Lo consultaré con el mayor Zabreskie. El lo consultará a su vez con el coronel Shawn, naturalmente, y... ¿Cuándo llegó usted aquí?

—Ayer por la mañana.

—¿A quién vio usted al llegar?

—Al general Carpenter.

—Oh, esto es verdaderamente lamentable —dijo frunciendo el ceño—. En tal caso tendrá que verle antes de marcharse, y me temo que está terriblemente ocupado. Pero voy a decirle lo que puede hacer...

Me lo dijo. Y escuché respetuosamente. Sin embargo, sus palabras parecían implicar que tendría

que pasarme hasta el fin de mis días rondando por el Pentágono, de un despacho a otro esperando audiencia. Le contesté que vería al mayor Zabreskie para trazar un plan de visitas de acuerdo con sus sugerencias, y en cuanto se hubo despedido me lancé rápidamente en busca de la salida. Cogí el autobús hasta el hotel, en cinco minutos pagué la cuenta y cogí mi maleta, tomé un taxi hasta el aeropuerto y pedí billete para Nueva York.

No había plazas disponibles en los aviones de las 6.30 y 7.30. Entretuve la espera comiendo algunos bocadillos y finalmente pude subir en el avión de las 8.30, llegando al aeropuerto de La

Guardia una hora y media más tarde.

Llegué a casa de Wolfe un poco antes de las once. Pulsé el timbre tres veces consecutivas, mi señal convenida con Fritz, y me abrió él mismo con el rostro radiante de satisfacción. Noté que Wolfe estaba aún en su despacho, porque la puerta estaba abierta y las luces encendidas.

—Soy un fugiti... —empecé a decir, entrando; y de pronto me interrumpí asombrado. En el sillón de Wolfe estaba sentado un hombre que tenía sus mismas proporciones y características, pero no era Nero Wolfe. Nunca le había visto hasta entonces.

# CAPÍTULO V

Fritz, que se había detenido a cerrar la puerta con la cadena de seguridad, vino a mi encuentro. El ocupante de la silla no se movió ni habló. Se contentó con mirarme en silencio. Entretanto Fritz me estaba diciendo que mister Wolfe estaba en su habitación del piso de arriba.

—Supongo que usted será Archie Goodwin —dijo el ejemplar sentado frente a mí con voz brusca—. ¿Tuvo buen viaje?

Le miré intensamente. En cierto modo deseé estar otra vez en el Pentágono, y en cierto modo deseé haber regresado antes.

—Fritz, tráigame otro whisky —dijo sin inmutarse.

—Sí, señor —repuso Fritz.

—¿Ha tenido buen viaje, Archie? —volvió a preguntarme.

Ya había aguantado bastante. Di la vuelta y subí la escalera, llamando a la puerta de Wolfe.

—Soy Archie —dije llamando discretamente. Me dijo que entrara y entré.

Estaba sentado en un sillón monumental, una réplica exacta del que

tiene en el despacho, leyendo un libro, y nada en su aspecto parecía indicar que se hubiese vuelto loco.

No quise darle la satisfacción de preguntarle qué hacía aquel upo sentado en su despacho, y dije tranquilamente:

—Bien, ya estoy de vuelta. Si tiene sueño podemos hablar mañana.

—No tengo sueño. —Cerró el libro conservando un dedo en el punto que estaba leyendo—. ¿Se va a Europa?

—Sabe perfectamente que no voy a Europa —dije sentándome—. Celebro encontrarlo vivo y sin novedad. Washington estaba muy interesante. Hirviendo de actividad.

—No lo dudo. ¿Ha entrado en mi

despacho?

—Sí. ¡De modo que fue usted el que mandó insertar ese anuncio en el Star! De momento me desconcertó, empecé a hablarle creyendo que era usted. Hasta que pidió a Fritz que le sirviera un whisky; sé que usted aborrece el whisky. Simple deducción.

Wolfe dejó su libro sobre la mesa, y después de un gruñido preliminar explicó:

—Encontrará usted un papel con todo lo referente a ese individuo en el cajón de su propio despacho, Archie. Es un arquitecto retirado llamado H. H. Hackett, se encuentra sin recursos y tiene los modales de un cerdo. Le escogí

entre otros solicitantes porque era el que más se parecía a mí, y porque es lo suficientemente idiota para arriesgar su vida por cien dólares diarios.

—Si continúa llamándome Archie su vida corre más peligro de lo que él cree...

—Escúcheme, por favor —dijo Wolfe—. ¿Cree que me agrada la idea de tener a ese hombre sentado en mi sillón? Pero pueden matarlo hoy o mañana. Se lo advertí. Esta tarde salió para visitar los criaderos de orquídeas de mister Ditson, y regresó en taxi llevando ostensiblemente dos macetas. Mañana saldrá usted con él, lo llevará a cualquier sitio en el coche y regresarán

a cenar. Por la noche el mismo programa. Vestido de calle, con mi sombrero y mi ligero abrigo de entretiempo, y llevando mi bastón engañaría a cualquiera menos a usted.

—Conozco a una jovencita, una actriz que convenientemente caracterizada podría sustituirle a usted más concienzudamente si...

—Archie —dijo impaciente—. ¡No supondrá que disfruto con ese juego idiota!

—No, señor. Pero, ¿por qué no limitarse a no salir de casa? Después de todo, casi nunca lo hace; a veces ha estado un mes entero sin pisar la acera. Controle sus visitas hasta que...

—¿Hasta cuándo?

—Hasta que hayan pescado al pájaro que mató a Ben Jensen.

—¡Bah! —dijo fulminándome con la mirada—. ¿Quién va a pescarlo? ¿Cramer? ¿Qué es lo que supone que está haciendo ahora? El mayor Jensen, hijo de mister Jensen, llegó de Europa hace cinco días con permiso. Al llegar se enteró de que su padre estaba tramitando el divorcio para separarse de su madre. El padre y el hijo se pelearon, como es natural. Pero lo bueno del caso es que Cramer ha puesto cien hombres en circulación, buscando la evidencia necesaria para acusar al mayor Jensen de haber matado a su padre. ¡Absurdo!

Si él fuera el culpable, ¿qué motivo podía tener para asesinarme a mí, o por lo menos para amenazarme con hacerlo?

—Consideremos esto —dije—. Supongamos que el mayor le envió el anónimo precisamente para que la policía reaccionara del mismo modo como usted ha hecho.

Wolfe negó con la cabeza.

—No lo hizo. A menos de ser idiota de nacimiento, Sabría que no basta con enviar un anónimo, es necesario acompañarlo de una acción inmediata. Y el mayor no me ha matado todavía ni creo que intente hacerlo. Por otra parte, el general Fife ha comprobado su hoja de servicios. Es inmejorable. Cramer

está malgastando su tiempo, la energía de sus hombres y el dinero de los contribuyentes... tontamente. En cuanto a mí, ¿qué puedo hacer? Aquí estoy confinado en mis habitaciones, sabiendo que un loco homicida está acechando la oportunidad de matarme, sin que yo pueda hacer nada por evitarlo. No conozco su identidad ni tengo el menor indicio de cómo ni cuándo piensa atacar.

Pensé que tal vez exasperaba la situación, pero cuando Wolfe se ponía en ese plan más bien romántico, resultaba temerario llevarle la contraria o mostrarse escéptico. Lo había hecho una vez y estuvo a punto de despedirme. Opté por preguntarle.

—¿Qué hay del capitán Root? ¿Lo han traído a Nueva York?

—Sí. Estuvo aquí hoy, y le hablé. Ha estado en la cárcel desde que fallaron el juicio, hace más de un mes. Asegura que no tiene nada que ver con el asesinato. Miss Geer dejó de comunicarse con él hace unas seis semanas o más. La madre de Root es una maestra de escuela en Danforth, Ohio; lo ha comprobado mister Cramer y la mujer está allí. Su padre había tenido, tiempo atrás, una Estación de Servicio en Danforth, pero abandonó a su esposa e hijo hace unos diez años. Se le supone trabajando en una industria de guerra en Oklahoma. La madre y el hijo prefieren no hablar de

él. No tiene hermanos. Según dice el propio capitán Root, no hay nadie en el mundo que quisiera exponer su pellejo para vengarle.

—Puede ser verdad.

—No, Archie. Este asunto del capitán Root es la única relación que he tenido en mi vida con mister Jensen. El asesino tiene que ser alguien que estuvo metido en el caso. Le he pedido al general Fife que retenga a Peter Root en Nueva York, y que ordene a las autoridades de la cárcel de Maryland que registren su celda entretanto.

—Cuando se le mete una idea en la cabeza...

—No lo crea. Generalmente

reacciono ante la evidencia o las conclusiones que me sugieren los hechos. La persona que asesinó a Jensen y Doyle necesita obrar con rapidez. Esto le expone a cometer un error. Y en ese tipo de error confío al encargarle a usted que salga ostensiblemente con mistar Hackett a todas horas del día. El hombre arriesga su vida, pero lo sabe y cobra por ello. Y usted también. Claro que Cramer podría proporcionarnos un hombre físicamente parecido a usted para sustituirle, en el caso que prefiera no intervenir en eso. Piénselo con calma esta noche y déme su respuesta mañana.

Consideré sus palabras como una ofensa difícil de tragar. Nos habremos

insultado seguramente más de un millón de veces el uno al otro y no pasa de allí, pero esta vez me sentí rabioso y humillado. Mi mejor venganza, pensé, era disimular mi resentimiento, de modo que me despedí con voz tranquila.

—Bien. Lo pensaré. Cramer podría proporcionarnos el hombre preciso. Le daré mi respuesta mañana.

Subí a mi cuarto.

El batintín está instalado debajo de mi cama. Tengo la costumbre de conectarlo al acostarme, y de ese modo, si alguien cruzara el vestíbulo en dirección al dormitorio de Wolfe, el batintín rompería a sonar tan estridentemente como un timbre de

alarma. Fue instalado años atrás, en una ocasión en que Wolfe fue agredido con un cuchillo por un visitante inoportuno, y desde entonces no olvido conectarlo por la noche.

Con más motivo hoy, pensé; teniendo en casa a un extraño. Supe por Fritz que dormía en el cuarto azul, al otro extremo de mi piso, pero juzgando por la pésima impresión que me había causado el hombre, le creía muy capaz de matar a Wolfe durante la noche, echar sus restos en la caldera de la calefacción, y saludarnos al día siguiente tan campante creyendo que Fritz y yo lo tomaríamos por el auténtico Wolfe.

Por la mañana después del

desayuno, que Wolfe tomó en la cama, Hackett en el comedor, y yo en el office con Fritz, pasé una hora en la azotea jardín despachando con Wolfe los asuntos de trámite. Finalmente me preguntó si había decidido pedirle a Cramer un sustituto de la Brigada de Homicidios.

Fingí reflexionar.

—Lo he pensado —dije con calma—. Y he llegado a la conclusión de que Cramer estaría dispuesto a cedernos un hombre de su confianza, indudablemente superior a mí en valor, integridad, perspicacia y rapidez de acción. Pero... He aquí el problema: le sería imposible encontrar un tipo tan apuesto como yo.

En vista de lo cual he decidido hacer yo el trabajo.

Wolfe me miró de soslayo.

—No quise ofenderle —dijo—. Mis intenciones...

—Olvídelo. Está nervioso porque la vida de Hackett pende de un hilo, y no sabe cómo hacer para evitarle un mal tanto.

Nos quedamos discutiendo luego los pormenores del caso. Me contó Wolfe por qué se había negado a recibir a Jane Geer el miércoles. Fue simplemente porque después de enviarme a buscarla concibió la idea de buscarse un sustituto, y no quiso que Jane le viera tan de cerca y tan detalladamente porque, en

tal caso, ya no se dejaría engañar por un sustituto ni emprendería ninguna acción contra él. Esto significaba que Jane estaba en su lista de sospechosos. Había telefonado varias veces insistiendo en verle, y el viernes llamó a la casa, donde estuvo discutiendo cinco minutos con Fritz a través de los tres centímetros de abertura de la puerta, todo lo que permitía la cadena de seguridad que rara vez se quitaba cuando no estaba yo en casa. Wolfe decidió de pronto que sería conveniente telefonar a Jane. Debería hacerlo yo, y decirle que Wolfe estaba dispuesto a recibirla a las seis de la tarde. Cuando llegara la conduciría a la presencia de mister Hackett. Entretanto

Wolfe se proponía instruirle sobre lo que debería hacer durante la entrevista.

La idea no me entusiasmó.

—Le daremos una oportunidad para matar a Hackett —dijo Wolfe—. Si se decide aplazarlo para más tarde, por lo menos esto habrá servido para convencerla de que Hackett es Wolfe.

—Lo que no contribuirá a abreviar su vida ni prolongar la de usted.

—Posiblemente no. Pero su visita me dará la oportunidad de verla y oírla otra vez. Estaré apostado en el pasadizo.

De modo que la idea era ésta. Lo que llamamos el pasadizo consiste en una especie de alcoba que tiene su entrada al final del vestíbulo de la

planta baja, por debajo de la escalera, y comunica con el despacho de Wolfe por un estrecho pasadizo a cuyo final se ha practicado una abertura cuadrada. Esta abertura queda disimulada por un cuadro cuyo lienzo es transparente y permite ver todo cuanto ocurre en el despacho sin ser visto. A Wolfe le entusiasmaba su ingeniosa estratagemata y en algunas ocasiones le ha sido sumamente útil.

—Entonces —dije—, no hay nada que objetar. Si ve y oye a Jane podrá comprobar que es absolutamente inocente.

El mayor Jensen había telefonado una sola vez y se le dijo que Wolfe estaba ocupado y no podía recibirle.

Aparentemente no era tan persistente como Jane. Le contó a Cramer que el miércoles intentó ver a Wolfe porque el martes por la mañana su padre le había enseñado el anónimo que acababa de recibir, diciéndole que iba a consultar el caso con mister Wolfe; el objeto de la visita del mayor era simplemente activar en todo lo posible el descubrimiento del asesino de su padre.

Al bajar al despacho vi a Hackett instalado en el sillón de Wolfe, entretenido en comer unos bizcochos. Marqué un número en mi teléfono y comuniqué con Jane.

—Soy Archie —dije.

—¿Quién es Archie?

—Vamos, no sea tan precavida, Jane. A estas horas ya habrá comprobado que no la hemos mencionado a la policía. Charlemos un rato, ¿quiere?

—Voy a colgar.

—¡Un momento! Mister Wolfe quiere verla.

—¿De veras? Qué gracioso. Hasta ahora se había negado a recibirme.

—Se ha reformado en estas últimas horas. Bueno, a decir verdad, le enseñé una fotografía de Elsa Maxwell y le dije que era usted. Parece que di en el clavo. Ya no me deja salir en su busca.

—Tampoco yo.

—Bien. Venga a las seis y Wolfe la

recibirá. Recuérdelo bien, a las seis de esta tarde. La esperamos.

Aceptó. Hice luego otras dos llamadas y dediqué un rato a poner en orden mis papeles. Sin embargo, un ruido molesto me impedía concentrarme. Finalmente le hablé al ocupante del sillón de Wolfe.

—¿Qué clase de galletas está comiendo?

—Rosquillas de jengibre —dijo.

—No sabía que tuviéramos rosquillas en casa.

—No las había. Se las pedí a Fritz y me dijo que jamás había oído nombrar rosquillas de jengibre, conque me llegué hasta la Novena Avenida y compré

algunas.

—¿Cuándo? ¿Esta mañana?

—Hace escasamente unos minutos.

Descolgué el auricular y llamé a Wolfe que seguía entre sus orquídeas.

—Mister Hackett está en el despacho comiendo rosquillas de jengibre —informé—. El mismo fue a comprarlas en la Novena Avenida hace un momento. Si entra y sale de casa a su antojo, ¿por qué nos estamos gastando cien dólares diarios?

Wolfe me dio instrucciones tajantes. Colgué el teléfono y le di instrucciones tajantes a Hackett. No podía salir de casa sin el permiso de Wolfe o mío. El hombre no pareció impresionado ni

molesto. Afirmó tranquilamente y dijo:

—De acuerdo, seguiré sus instrucciones. Pero quisiera hacerle una observación: el trato que tuvimos con mister Wolfe fue de que cobraría cien dólares diarios. Por adelantado. Y todavía no he cobrado hoy.

Advertido ya por Wolfe, saqué de la cartera cinco billetes de veinte dólares y se los entregué.

—Quiero observar también —dijo guardándose el dinero en el bolsillo—, que es una generosa paga por tan poco trabajo. Claro que estoy expuesto a cualquier sorpresa... —se inclinó confidencialmente hacia mí y prosiguió—. Pero no creo que pase nada. No me

asusto fácilmente y... sé defenderme.

—Sí —dije—. Yo también.

Abrí con llave el cajón de mi despacho, el del centro de la derecha donde guardo mis armas y municiones, cogí un revólver, y llené el cargador.

Mientras lo colocaba en la funda que llevo bajo el brazo le eché una mirada a Hackett y noté que su rostro se había transformado. Sus labios estaban duramente fruncidos, y en sus ojos había asombro, precaución y recelo.

—No se me había ocurrido pensar hasta ahora —dijo con una voz mucho menos arrogante que de costumbre—, que acepté ese empleo a título de lo que pudiera ocurrirme fuera de casa, en la

eventualidad de que alguien me confundiera con mister Wolfe y pretendiera asesinarme. Pero si se presentan complicaciones y he de estar expuesto a que usted dispare contra mí, bien a instancias de su jefe o por propia conveniencia, entonces he de confesarle enfáticamente que eso sería poco honrado de su parte.

Le miré con simpatía, pensando que había procedido con poco tacto al cargar el revólver en su presencia. Era evidente que la vista de un arma auténtica, cargada con auténticos cartuchos le había aterrado. Si el hombre se marchaba ahora, tendríamos que publicar otro anuncio y... ¡cielos,

acababa de darle los 100 dólares!

—Oiga —le dije en un tono conciliador—. Acaba de decirme que no cree que le ocurra nada, y opino lo mismo que usted. Pero me he armado por dos razones: para evitar que alguien atente contra usted primero, y en segundo lugar, para cargarme al individuo que se atreva a hacerlo.

Mis palabras parecieron tranquilizarlo un poco, y a las once y media subí arriba para recibir instrucciones de Wolfe, incluido nuestro paseo de la tarde.

A decir verdad, de regreso a casa hacia las cinco y media, tuve que concentrarme en detalles tan vulgares

como las rosquillas de jengibre, para no admirar abiertamente a Hackett. Durante nuestro paseo nos detuvimos en Brooks Brothers, Rusterman's, el Churchill, el Museo Metropolitano de Arte, el Jardín Botánico y tres o cuatro sitios más. El hombre ocupaba pomposamente el asiento trasero del coche y, por lo que pude ver por el espejo, estaba tan sereno e imperturbable como el propio Wolfe.

Cuando nos deteníamos en algún sitio, Hackett cruzaba la acera parsimoniosamente, sin prisas, sin demostrar la menor impaciencia o inquietud.

De regreso a casa Hackett se encaminó al despacho, y yo pasé el

office donde estaba Wolfe tomándose una cerveza.

—Le dispararon desde la azotea del Palisades pero erraron el blanco —informé—. Tiene una ligera contusión en el codo de resultas de un encontronazo con la puerta giratoria del Rusterman's. Por lo demás, sin novedad.

Mi humorismo solía ser aceptado por Wolfe con un simple gruñido cuando estaba de buenas.

—¿Cómo se comportó? —preguntó con el gruñido habitual.

—Bien.

—Es más probable que intenten algo por la noche. Y ahora, de acuerdo con mis instrucciones tomará usted parte

activa en la entrevista con miss Geer. No me fío mucho del tacto que pueda tener Hackett. Sus instrucciones son precisas, pero su disciplina deja mucho que desear. Haga de modo que sea ella la que hable, y sitúela de cara al cuadro, para que pueda verla y oírla bien desde mi punto de observación. Recuerde que mi campo visual será bastante limitado.

—Sí, señor.

Pero ocurrió lo imprevisto y no pude cumplir exactamente las órdenes de Wolfe. Eran entonces las seis aproximadamente. Sonó el timbre de la puerta, y antes de abrir, me asomé al despacho para asegurarme de que Hackett no estaba comiendo rosquillas

con los pies apoyados encima de la mesa. A continuación abrí la puerta de la calle, y con la natural sorpresa me encontré con que miss Geer no había querido aventurarse sola por las calles de la gran ciudad después de todo. La acompañaba el mayor Jensen.

# CAPÍTULO VI

Considerando que no sería cortés cerrar de un portazo después de haber admitido solamente a miss Geer, sonreí animadamente y dije:

—¡Hola!... ¿Dos con un solo anzuelo? Jensen dijo hola, Jane, en cambio, quiso explicar que estaban tomando juntos un cocktail y el mayor se ofreció a acompañarla. Se interrumpió de pronto para mirarme con franca desaprobación, y sólo entonces me di cuenta de que les estaba bloqueando la

entrada.

—¿Podemos entrar? —preguntó Jane. Claro está que no podía decirle a Jensen que sólo teníamos una silla para los visitantes y que sería mejor que esperara a Jane dando vueltas por la manzana, pero tampoco me sentía muy inclinado a dejarle pasar. Hackett estaba preparado para recibir una visita, y no estábamos muy confiados en el resultado de la misma. ¿No sería arriesgar demasiado soltarle dos visitas sin previo aviso? Sea como fuera, decidí consultarlo con el «cuartel general». Les dejé en la sala de espera y me dirigí en busca de Wolfe.

Ya había cruzado la mitad del

vestíbulo cuando recordé un detalle que no acostumbro a pasar por alto. La puerta que comunica la sala de espera con el despacho había quedado abierta. Fue una distracción por mi parte, pero en realidad carecía de importancia. Naturalmente que miss Geer y Jensen verían desde allí a Hackett sentado en su sillón, pero después de todo, por eso estaba allí: para que le vieran. Encontré a Wolfe cuando se disponía a entrar en el oscuro pasadizo y dije, bajando la voz:

—Ha llegado con escolta. El mayor Jensen. Están en la sala de espera. La puerta de comunicación ha quedado abierta. ¿Qué hago?

—Vaya una complicación —  
refunfuñó Wolfe—. Dígale al mayor que  
espere en la sala porque necesito hablar  
privadamente con miss Geer.  
Acompáñela al despacho, y cuando...

Sonó un disparo.

Por lo menos el ruido que oímos  
parecía serlo, y procedía del interior de  
la casa porque las paredes vibraron. En  
tres saltos alcancé la puerta del  
despacho. Hackett continuaba allí,  
alarmado y mudo de asombro. Entré  
corriendo en la sala. Jane y Jensen  
también continuaban allí, y también  
parecían alarmados y mudos de  
asombro. Sus manos estaban vacías  
excepto por el bolso de Jane. En

resumidas cuentas, el ruido pudo ser originado por una de las rosquillas de jengibre de Hackett a no ser por el olor a pólvora. Era un olor inconfundible que conocía demasiado bien.

—Cuénteme lo que ha pasado —le dije a Jensen con aspereza.

—Cuenta usted —replicó echando lumbre por los ojos.

—¿Fue usted quien disparó, mayor?

—No, ¿y usted?

Miré a Jane.

—¿No habrá sido usted, miss Geer?

—No sea idiota —estalló furiosa, a tiempo que trataba de contener su temblor—. ¿Por qué había de disparar con un revólver?

—Permítame ver el que tiene usted en la mano —dijo Jensen.

Me miré la mano y vi sorprendido que empuñaba un revólver. Debí sacarlo de la funda mientras corría hacia el despacho.

—No es éste —dijo acercándose a Jensen—. Compruébelo.

Jensen olió la boca del cañón, tocó el arma y la encontró fría y dijo convencido:

—No. No es éste.

—Pero alguien ha disparado aquí dentro, ¿no huele a pólvora?

—Ciertamente que sí.

—Bien, veamos a mister Wolfe y discutiremos el caso. Por aquí —dije

indicando la puerta del despacho.

Jane estaba rezongando algo, pero no le presté atención. Por algunas palabras que pesqué al vuelo creo que se le había metido en la cabeza que el disparo formaba parte de un complot para comprometerla, o algo por el estilo. No tenía ganas de meterse en la boca del lobo —el despacho de Wolfe—, pero al ver que entraba Jensen, le siguió.

—Les presento a mister Nero Wolfe—dije entrando tras ellos—. Siéntense, por favor. —En la imposibilidad de consultar el asunto con Wolfe decidí obrar por mi cuenta, teniéndolos a todos controlados en un mismo sitio mientras

buscaba el arma que había disparado, y a ser posible, el cartucho. Jane se disponía a continuar farfullando, pero se detuvo en seco al oír a Jensen.

—¡Wolfe está herido en la cabeza! Miré rápidamente a Hackett. Continuaba sentado en su sillón con las manos apoyadas en la mesa, pero en su rostro impenetrable había ahora una expresión en la que se mezclaba el asombro, el temor y la indignación. No parecía haber oído las palabras de Jensen. Un hilo de sangre fluía de su oreja izquierda hasta llenar el cuello. Llamé desde la puerta con voz potente.

—¡Fritz!

El hombre entró al instante, como si

hubiese estado esperando mi llamada desde el vestíbulo. Le entregué mi revólver.

—Si alguien hace el menor movimiento, aunque sólo sea para buscarse un pañuelo, dispare sin contemplaciones —dije.

—Esas instrucciones —dijo Jensen severamente—, pueden ser peligrosas si...

—Puede estar tranquilo.

—Prefiero que me registre —dijo el mayor levantando los brazos al techo.

—Gracias. Es una medida saludable. —Le registré a conciencia sin encontrar arma alguna. Luego miré a Jane que me clavó una mirada como si fuera el más

repugnante de los insectos.

—Si rehúsa ser cacheada —dije—, y acierta a moverse, y Fritz dispara contra usted, no me eche luego la culpa.

Me contestó con otra mirada, fulminante pero cedió al fin. La registré discretamente, inspeccioné el contenido de su bolso, y di la vuelta al despacho para examinar la herida de Hackett. El hombre soportaba bien la situación, sin quejas ni histerismos, pero se palpó la herida y al ver sangre en sus manos se quedó con la boca abierta y los ojos mudos de estupor.

—Mi cabeza —dijo con voz ronca—. ¿Me han herido en la cabeza?

—No, señor. No es más que una

ligera rozadura junto a la oreja —dije secándole la sangre con mi pañuelo. Luego, temiendo que su reacción no estuviera a la altura de la reputada intrepidez de Nero Wolfe, añadí—: Entre en el lavabo y límpiese con una toalla.

—¿Pero es de veras que no estoy... herido?

Le hubiera estrangulado. Pero en lugar de eso le recomendé de nuevo a Fritz que disparara a la menor alarma y acompañé a Hackett al lavabo, situado al extremo de la habitación. Le desinfecté el rasguño cubriéndolo luego con una tira de esparadrapo, 3' aproveché el interludio para decirle que

descansara allí hasta que sus nervios se calmaran, y que cuando entrara de nuevo al despacho se comportara con arrogancia y ecuanimidad, y que me dejara a mí el cuidado de hablar con nuestros visitantes. Dijo que así lo haría, pero en aquel momento lo hubiera cambiado por un cigarrillo mojado.

Cuando entré en el despacho cerrando cuidadosamente la puerta, Jane me preguntó agresiva:

—¿Lo ha registrado?

Fingí no oírla, y me acerqué al monumental sillón de Wolfe. En el respaldo tapizado de cuero marrón se veía un agujero que correspondía exactamente a la altura de la cabeza de

Hackett. El disparo había atravesado el sillón y fue a incrustarse en la pared a su espalda. Busqué en mi cajón un cortaplumas y empecé a rascar la pared en torno al agujero hasta que la cápsula cayó en mis manos. Mientras la observaba detenidamente. Hackett salió del lavabo, aparentemente con la compostura que le había aconsejado.

—Es un cartucho del 38 —dije—. Atravesó el sillón de mister Wolfe y quedó clavado aquí.

Jensen me miraba con ojos concentrados y fríos, Hackett asumió un tono dictatorial para decir:

—Hay que registrarlos otra vez.

—No, señor —dije con deferencia

pero firmemente—. Ya están registrados. Pero sugiero que...

—Podría ser —apuntó Jensen—, que fuese el propio Wolfe el que disparó.

—¿De veras lo cree?—dije con sarcasmo—. Entonces, examine usted mismo su herida con una lente de aumento, y vea si tiene señales de pólvora.

—Tuvo buen cuidado en lavarse la herida ahora mismo —estalló Jane.

—Esas señales no desaparecen tan fácilmente —continué dirigiéndome a Jensen—. Observe también el cuero del sillón.

Así lo hizo, y después de un

detenido examen del respaldo del sillón y de la herida de Hackett, que aquél soportó estoicamente, me devolvió el lente y ocupó de nuevo su silla.

—¿Sigue creyendo que mister Wolfe se disparó a sí mismo en la oreja? — pregunté.

—No —admitió el joven—. A menos que envolviera el arma con un pañuelo o un lienzo cualquiera.

—Así, según su teoría pudo cubrir el arma con un cojín, apuntaría contra su oreja y oprimir el gatillo. ¿No cree que es un juego peligroso dispararse a sí mismo de frente, exponiéndose a que una ligerísima desviación le alojara la bala en el cerebro?

—Me he limitado a hacer una suposición objetiva —aclaró el mayor—. Reconozco que sería demasiado expuesto, y por lo tanto es improbable que lo hiciera.

—Bien. Tenemos la cápsula para empezar —dije—. Pero necesitamos encontrar también el revólver que la disparó. Continuemos siendo objetivos. Es posible que el arma esté en la sala de espera. Fritz, siga vigilando y que no se mueva nadie.

—Prefiero acompañarle —dijo Jensen.

—No lo intente —dije autoritariamente—. Quédese donde está. No quisiera darle la impresión de que

soy poco considerado, pero está usted en casa de mister Wolfe, y es asunto nuestro indagar los hechos. Si se mueve, Fritz disparará contra usted.

Aventuró una protesta, lo mismo que Jane, pero no les hice caso, y me llevé a Hackett a la sala contigua cerrando la puerta de enlace.

—Parece increíble —explicó entonces Hackett mirándome directo a los ojos—, que uno de ellos me haya disparado desde aquí, a través de la puerta abierta, sin que yo lo viera.

—Sí, ya me lo dijo en el lavabo. También me dijo que no recordaba si en aquel momento tenía los ojos cerrados o abiertos. —Me acerqué más a él con

gesto amenazador—. Pero si lo que pretende insinuar es que Wolfe o yo hemos disparado contra usted, entonces le recomiendo que se haga visitar por un psicoanalista. El tiro fue disparado de frente según puede verse por su trayectoria, y tuvo que ser disparado desde esta puerta abierta. No pudieron hacerlo desde la puerta del vestíbulo porque no tenemos aquí ningún revólver capaz de describir semejante curva. Dicho esto, siéntese en esta silla y absténgase de moverse o de hablar. El hombre protestó pero obedeció la orden. Partiendo de la posibilidad de que el tiro procediera de la sala, adopté la teoría de que el arma todavía estaría

allí, o bien que el culpable pudo deshacerse de ella echándola a la calle. Ahora bien, para desembarazarse del revólver el agresor dispuso solamente de cinco segundos, los que tardé en llegar a la puerta, ya que al entrar encontré a Jane y el mayor mirándose el uno al otro y con las manos vacías. En cuanto al procedimiento para hacer desaparecer el arma, era todavía más complicado, pues las ventanas estaban cerradas y las persianas echadas. Visto lo cual empecé a registrar la habitación.

Después de una búsqueda minuciosa examiné un gran jarrón que adorna la mesa puesta entre las dos ventanas. Vi un trozo de lienzo blanco, metí la mano y

saqué un revólver. Sosteniéndolo con cuidado por el gatillo lo inspeccioné detenidamente. Olía a pólvora, y no cabía la menor duda que había sido disparado recientemente. Era un viejo «Granville» del 38, y el lienzo que lo cubría era un pañuelo del tipo corriente, con un agujero que señalaba por donde había salido la bala. Inspeccioné el cilindro. Tenía cinco cartuchos y uno disparado.

Hackett había acudido a mi lado intentando decirme una docena de cosas a la vez. Le interrumpí con dureza.

—Sí. Es un revólver, y no es mío ni de Wolfe. ¿Es suyo tal vez? ¿No? Bien, pues dejemos las cosas como están.

Vamos al despacho para aclarar esto, y por lo que más quiera, no intente ayudarme. Límitese a callar y comportarse como si tuviera una idea muy definida de quién es el culpable. Si todo acaba satisfactoriamente recibirá 100 dólares extra de propina. ¿De acuerdo?

—200 dólares —dijo con calma—. ¡Han disparado contra mí y por poco me matan!

Contesté que esto tendría que discutirlo con Wolfe y entramos los dos en el despacho.

Hackett fue a ocupar su sillón con aire de importancia y yo me instalé en mi silla giratoria.

—¿Qué es lo que han descubierto allí? —preguntó Jensen con impaciencia.

—Sólo esto —dije animadamente—. Es un revólver veterano, un «Granville» del 38 que ha sido disparado hace poco. —Le pedí a Fritz mi revólver y dejé el «Granville» sobre la mesa—. Fue hallado en el jarrón de la mesa, envuelto en un pañuelo. Le falta un cartucho en la recámara. Es nuevo en la casa, nunca lo había visto hasta hoy. Parece ser el broche final, ¿no?

Jane explotó al fin. Me llamó todo lo que le pasó por la cabeza; quería un abogado, quería marcharse al momento, insultó a Hackett acusándole de preparar

esa burda maniobra para complicarla en un asesinato del que no sabía ni una palabra. Estaba de pie, echando fuego por los ojos, y un torrente de insultos en los que incluyó también al «despreciable Goodwin».

Hackett trataba de hacerse oír alzando más y más la voz a medida que aumentaba la irritación de Jane, pero sólo tuvo oportunidad de hacerlo cuando la joven se detuvo para recobrar fuerzas.

—...¡y no pienso tolerarlo! ¡Ha venido aquí armada, ha intentado asesinarme, y casi lo ha conseguido...!

Luego me acusa de no sé qué líos con Peter Root, y sepa usted que a Peter Root no he oído nombrarle en mi vida.

—El hombre estaba tan alterado que había olvidado enteramente mis instrucciones—. Y escúcheme bien, jovencita, no aguantaré ni un minuto más.

Jane se dirigió hacia la puerta y me levanté de un salto para detenerla, pero no fue necesario. En aquel instante se abrió la puerta y una masa imponente le obstruyó el paso. Se detuvo como una expresión de incontenible asombro, retrocedió dos pasos y la masa avanzó al encuentro.

—¿Cómo está usted, miss Geer? Soy Nero Wolfe.

# CAPÍTULO VII

Lo hizo en su mejor estilo, arrogante y autoritario, dominando por entero la situación. Nadie se atrevió a chistar. Siguió avanzando hasta llegar junto a su sillón y le pidió cortésmente a Hackett que se buscara otro sitio.

—Esto acaba de confirmarme —dijo Jansen—, que todo el asunto no es más que una farsa.

—Me voy —estalló Jane volviendo a encaminarse hacia la puerta, pero lo había previsto con tiempo y en dos

pasos estuve a su lado sujetándola firmemente de un brazo. A Jensen no le gustó eso, y saltó de la silla con los puños crispados a punto de embestirme. Era evidente que los dos habían hecho grandes progresos en 48 horas, porque el mayor lo veía todo rojo con sólo que otro hombre le pusiera una mano encima a su Jane. Si hubiese persistido en su actitud hubiera tenido que defenderme con la mano que empuñaba el revólver, puesto que con la otra sujetaba a Jane, pero no llegó el caso.

—¡Deténgase! —rugió Wolfe con una voz que parecía el restallar de un látigo. Nos quedamos los tres inmóviles como estatuas—. Miss Geer podrá

marcharse pronto si así lo desea..., pero antes tendrá que escuchar unas palabras, Mister Jensen, siéntese. Mister Goodwin tiene un revólver en la mano, y a juzgar por su actitud creo que está dispuesto a usarlo en cualquier momento, si le da ocasión para ello. Archie, ocupe su silla y tenga el revólver preparado. Uno de ellos es el asesino.

—¡Miente! —dijo Jensen alterado—. Y todavía no sé quién es usted.

—Se lo dije al entrar. Ese caballero —dijo señalando a Hackett—, es un empleado mío, eventual. Cuando me amenazaron de muerte le tomé a mi servicio para sustituirme. De saber que lo peor que iba a ocurrirme era recibir

un rasguño en la oreja, hubiera podido ahorrarme bastante dinero y evitarme muchas preocupaciones.

—¡No es usted más que un cobarde fanfarrón! —gritó Jane.

—No, miss Geer —dijo con calma Wolfe—. Cobarde, no. Simplemente precavido. Y tengo además una gran cantidad de amor propio. Estaba persuadido de que la persona que mató a mister Jensen pondría en juego la misma astucia y temeridad para matarme a mí. Ahora bien, si yo quedaba eliminado, dudo mucho que lograsen atrapar al asesino. En cambio si otro moría en mi lugar, yo estaría en disposición de vengar estas muertes. Como puede ver,

se trata de un caso de amor propio muy lógico y justificado. —Se volvió bruscamente hacia mí y dijo—: Archie, llame por teléfono al inspector Cramer.

Jane y el mayor rompieron a hablar al mismo tiempo mientras marcaba yo el número del Cuartel General, pero Wolfe les impuso silencio.

—Un momento, por favor. Dentro de un instante les ofreceré una alternativa: la policía o yo. Uno de ustedes es el culpable; el otro inocente. A este último le aconsejo que se resigne a soportar todavía unos minutos más de espera. —Miró a Hackett—. Si no desea presenciar usted el dramático final puede retirarse a su habitación.

—Creo que me quedaré —declaró Hackett—. Tengo cierto interés en el asunto, ya que han estado a punto de matarme.

—Cramer al aparato —anuncié a Wolfe.

Descolgó su auricular.

—¿Cómo está usted, mister Cramer? No, no Sólo deseo pedirle un favor. Si me envía un hombre a casa le entregaré un revólver y una cápsula vacía. Examine primero las huellas dactilares y envíeme las copias, por favor. Segundo, trate de descubrir la procedencia del revólver y su historial. Tercero, dispare uno de sus cartuchos y compárelo con la cápsula que le envío y las que causaron

la muerte de Jensen y Doyle. Comuníqueme los resultados. Eso es todo. ¡No! Espere un momento; no es todo, si viene usted personalmente Fritz le entregará el paquete sin dejarle entrar. Estoy muy ocupado.

Cuando colgaba el auricular, le dije:

—El número del revólver ha sido borrado.

—Entonces no sabremos su procedencia.

—¿Hay que darle también el pañuelo a mister Cramer?

—Déjeme verlo.

Le entregué el arma todavía envuelta en el pañuelo. Después de un examen superficial Wolfe frunció el ceño. El

pañuelo no tenía ninguna marca de lavandería ni nada que le distinguiera de otros miles de pañuelos parecidos que se vendían por miles en mil tiendas de Nueva York, sin mencionar las del resto de los Estados Unidos.

—Nos quedaremos con el pañuelo —dijo Wolfe.

—¿Por qué habrán utilizado ese pañuelo? —preguntó Jensen.

Wolfe estudió atentamente la expresión de su rostro y el tono de su voz, tratando de descubrir si con esa inocente pregunta trataba de encubrir Jensen su culpabilidad.

—Si un hombre ha disparado recientemente un revólver —dijo— y no

ha tenido oportunidad de borrar las huellas de la pólvora, un examen de su mano nos proporcionará una prueba irrefutable de su culpabilidad o inocencia. Usted conocerá ese detalle probablemente. Y uno de ustedes, el que disparó, lo sabe también. El pañuelo protege la mano. Con la ayuda de un microscopio se encontrarán en el pañuelo unas minúsculas partículas de pólvora que de otro modo hubieran quedado adheridas a la piel. El hecho de que el pañuelo sea de hombre no nos soluciona nada. Podría pertenecer al mayor Jensen. Y si miss Geer decidiera usar un pañuelo, no usaría ciertamente el suyo, que podría delatarla.

—Me pidió usted que me quedara porque deseaba decirme algo —dijo impaciente Jane—. Y hasta ahora no me ha dicho nada. ¿Dónde estaba usted cuando fue disparado el revólver?

—Fritz, envuelva cuidadosamente el arma y la cápsula en papel parafinado —dijo Wolfe sin concederle la menor atención—, y entréguelo al policía cuando venga. Tráigame primero una cerveza. ¿Aceptarían ustedes algo de beber?

Dijeron que no.

—Bien, miss Geer, para evitar malas interpretaciones quiero advertirla que cuando sonó el disparo, estaba yo en el vestíbulo hablando con mister Goodwin.

Desde entonces he permanecido en un punto de observación desde el que podía observarles y oírles sin ser advertido.

Sus ojos se fijaron en Jensen, y luego de nuevo en Jane.

—Uno de ustedes dos está a punto de cometer una lamentable equivocación, y quisiera prevenirle si es posible. No les he preguntado todavía dónde estaban ni lo que hacían en el momento del disparo, pero esa información no alterará el hecho de que el tiro salió de allí, y a través de la puerta abierta. Miss Hackett no pudo hacerlo, como ha comprobado el propio mister Jensen. Fritz estaba en la cocina, mister Goodwin y yo hablábamos en el

vestíbulo... De modo que les prevengo, estas pruebas son suficientes para que cualquier jurado les encause por asesinato. Existe la posibilidad de que decidan protegerse mutuamente, jurando que al sonar el disparo estaban juntos; para el culpable esto sería la salvación, pero para el inocente sería un desastre porque cuando se descubra la verdad se verá acusado de complicidad... ¿Desde cuándo data su amistad? —preguntó inopinadamente encarándose con el mayor.

Ninguno contestó.

—Bien, miss Geer, ¿cuándo conoció al mayor Jensen? No creo que sea un secreto.

—Le conocí anteayer. Aquí —dijo Jane con labios temblorosos.

—¿Es eso exacto, mister Jensen?

—Sí.

Wolfe levantó las cejas.

—Un tiempo muy limitado, diría yo, para despertar una forma de atracción que conduzca a un sacrificio tan costoso. Pero aun así, me veo precisado a rogarle, miss Geer, que se atenga a la verdad de los hechos. ¿Dónde estaba usted y qué hacía cuando oyó el disparo?

—Estaba junto al piano. Había dejado allí el bolso y lo estaba abriendo.

—¿Hacia dónde miraba?

—Estaba de cara a la ventana.

—¿Podía ver a mister Jensen? :

—En aquel momento no.

—Gracias. —La mirada de Wolfe se volvió hacia el mayor—. ¿Mister Jensen...?

—Sigo sosteniendo que todo esto no es más que una farsa —dijo Jensen.

—Pero con todo... usted forma parte de ella, señor. No arriesga gran cosa diciéndome...

—Estaba junto a la puerta que da al vestíbulo, preguntándome dónde se habría metido mister Goodwin. En aquel momento no miraba a miss Geer, pero opino que...

—Sus opiniones no nos ayudarán en

absoluto. Y dudo que puedan ayudarle a usted. —Wolfe se sirvió la cerveza que le había traído Fritz—. Enfrentémonos con la realidad —dijo mirándolos a los dos—. Miss Geer está dispuesta a consultar con un abogado. ¡Que Dios la proteja! Sin embargo es libre de hacerlo en cuanto salga de aquí, pero no antes. Y de momento, como no puedo fiar demasiado en su discreción, he de rogarle que espere con el mayor Jensen a que mister Cramer nos envíe su informe. Será mejor que espere en...

—¡Quiero marcharme ahora mismo!  
—dijo Jane.

—Un momento. Iba a decir que puede esperar en compañía de mister

Goodwin y su revólver, o puedo telefonar a mister Cramer que envíe un hombre aquí para detenerla. ¿Qué prefiere?

Jane seguía andando lentamente hacia la puerta sin detenerse, como si lo hiciera obligada por un resorte. Sin moverme de la silla le advertí severamente:

—No quisiera verme obligado a disparar contra usted, miss Geer, pero si se obstina, la alcanzaré antes de que llegue a la puerta.

Se revolvió furiosa contra mí.

—¡Cerdo! ¡Maldito farsante!

Jensen había dejado de interesarse por nosotros.

Toda su atención se concentraba en Wolfe que le dirigía ahora la palabra.

—Quiero preguntarle también a usted, mayor Jensen, dónde prefiere esperar hasta que llegue el informe del revólver y los cartuchos que están analizando en la Brigada de Homicidios, ¿aquí o en el Cuartel General? Pueden tardar unas horas y opino que estarán más cómodos aquí. —Wolfe consultó su reloj que marcaba las siete menos veinte —. Naturalmente, Fritz nos preparará algo de comer.

—Necesito telefonar —dijo Jensen.

—No, señor —repuso Wolfe con firmeza—. ¿Quiere que llame a Cramer?

—No.

—¿Y usted, miss Geer?

La joven se negó a contestar. Wolfe esperó pacientemente cuatro segundos y repitió la pregunta.

—¿Quiere que llame a la policía, miss Geer?

Negó en silencio, como si de pronto toda su energía y vitalidad la hubieran abandonado.

—Archie, llévelos a la sala de espera y quédese con ellos. Fritz atenderá la puerta. La espera puede ser larga, pero no tenemos más remedio que esperar.

# CAPÍTULO VIII

EN efecto, la espera fue larga y aburrida. Duró más de dos horas, durante las cuales me entretuve en observarles discretamente a los dos. Había confiado en que se sentarían juntos en el sofá de terciopelo azul, cogidos de la mano y hablándose en voz baja, pero no ocurrió nada de eso. Parecía como si las palabras de Wolfe hubiesen sembrado una sospecha en sus mentes, y tuve la impresión de que desconfiaban el uno del otro.

A las 7,30 Fritz asomó a la puerta anunciando que la cena estaba senada, pero nadie se movió. En vista de ello, el excelente muchacho nos la sirvió en bandejas en la misma sala. Jensen compartió conmigo unos exquisitos filetes a la plancha, ensalada, melón, pastel de grosellas y café, pero Jane ni se dignó mirarnos.

Mientras fumaba un cigarrillo me entretuve en pensar cuál de los dos podía ser el culpable. El que fuera, había traído el revólver previamente envuelto en un pañuelo, aprovechó un instante en que el botarate de Hackett tenía los ojos cerrados, disparó desde la puerta y deslizó el arma en el jarrón.

Pero cómo pudo hacer todo esto con otra persona a su lado y en la misma habitación, era algo que no me cabía en la cabeza. ¡Absurdo!

Durante las dos horas de espera sólo tuve ocasión de hablar tres veces con Jane. A largos intervalos.

1.a —¿Desea beber algo?

2.a —Esta puerta comunica con el cuarto-lavabo. La que comunica con el despacho de mister Wolfe está cerrada.

3.a —Discúlpeme. (Esto por un bostezo).

Ninguna de las tres veces me contestó.

Finalmente a las nueve sonó el timbre del teléfono, y a los tres minutos

entró Fritz.

—Archie, mister Wolfe desea hablarle. El inspector Cramer ha llegado con el sargento Stebbins. Yo me quedo aquí.

Si la situación en la sala de espera era poco alentadora, la del despacho de Wolfe era francamente tempestuosa. Una simple mirada a Wolfe me confirmó en la impresión de que el hombre se hallaba en un estado de furia incontenible. El sargento Purley Stebbins estaba junto a la pared en una actitud pasiva, pero el inspector Cramer, que se había sentado en el sillón rojo, rebufa y gritaba con el rostro del mismo color que el sillón.

—¡Mire esto! —rugió Wolfe señalándome un papel que había sobre su mesa.

Me acerqué a ver. Era un permiso de registro. «La casa propiedad de mister Nero Wolfe, habitada por él mismo..., sita en la calle...»

Me saqué la frente perlada de sudor. Era asombroso que Cramer continuara con vida, y que también Wolfe alentara todavía, dado el caso.

—Procuraré olvidar las palabras que acaba de decirme —gritó Cramer luchando por contenerse—, y vayamos a los hechos concretos. Tenemos el revólver, y la comprobación de que un tiro disparado con él ha resultado ser

exactamente igual a los que causaron la muerte de Jensen y Doyle. Esto significa que tiene entre manos el asunto de un cliente al que intenta proteger, y cuando usted se propone proteger a un cliente, mister Wolfe, no hay quien pueda acercársele. De modo que me he procurado una orden de registro porque sé que sería inútil pedirle permiso para echar un vistazo a la casa. Ya lo he intentado otras veces sin resultado, así es que prescindiendo de usted, me propongo registrar ahora mismo su casa —acabó Cramer, incorporándose.

—Si lo hace, nunca podrá detener al asesino de Jensen y Doyle.

Cramer volvió a hundirse en la

butaca.

—¿Por qué no? ¿Es que piensa impedírmelo?

—No dramaticemos —dijo Wolfe disgustado—. No pretendo obstaculizar la acción de la justicia ni crearle dificultades. No dije que el asesino no podría ser hallado, dije solamente que usted no podría apresarlos. Porque ya lo he hecho yo.

—Lo dudo.

—Sin embargo es cierto. El informe que acaba de darme sobre el revólver y las cápsulas me ha dado la clave del asunto. ¿Pudo averiguar la procedencia del arma?

—No. El número ha sido borrado.

Pero sabemos, por su antigüedad, que data del 1910. No había huellas dactilares.

—Naturalmente, el empleo de un pañuelo es más cómodo y rápido que limpiar huellas o usar guantes. —Se volvió hacia Stebbins y dijo—: Siéntese, por favor. Me molesta verle de pie—. Luego miró de nuevo a Cramer—. El asesino está en mi casa.

—Lo sospechaba.

—Lo que complica el asunto — prosiguió Wolfe en su estilo más pomposo y pasando por alto el comentario de Cramer—, es que en la sala hay un hombre y una mujer. Suponiendo que uno de ellos sea el

asesino...

—Usted no habló de suposiciones —cortó ceñudo el inspector—. Dijo que había prendido al asesino.

—Así es. Y él... o ella están bajo mi vigilancia. Pero para que comprenda usted mi actitud empezaré por decirle que, al recibir el anónimo amenazándome de muerte, decidí tomar a mi servicio un sustituto, un tipo tan físicamente parecido a Nero Wolfe que fácilmente pudieran confundimos, y entretanto, yo permanecí confinado en mis habitaciones. No ocurrió nada de lo que esperaba, un ataque..., una agresión...

Siguió relatando al detalle todo lo

sucedido sin que Cramer le interrumpiera ni una sola vez.

—De modo —concluyó—, que como puede usted ver no tengo cliente alguno a quien proteger. Se trata, pues, de resolver el asunto con los pocos indicios que poseemos...

—Bien —dijo Cramer—, procedamos siguiendo las vías ordinarias, y para empezar, interrogaré a sus dos presuntos culpables.

—Miss Geer se mostrará algo difícil. Se le ha metido en la cabeza, llamar a un abogado, pero usted podrá con ella; tiene a su favor la enorme ventaja de su cargo oficial. ¿A quién desea interrogar primero?

Cramer se puso en pie.

—Primero examinaré la sala de espera. Y especialmente el jarrón.

Nos trasladamos los cuatro a la habitación vecina, Cramer, Wolfe, Stebbins y yo. Jane estaba sentada al piano, y Jensen ocupaba el sofá azul, pero se incorporó al vernos entrar. Fritz permanecía de pie junto a una de las ventanas empuñando el revólver.

—Este es el inspector Cramer, miss Geer —dijo Wolfe.

La muchacha no dijo palabra ni se le alteró un solo músculo de la cara.

—Creo que conoce usted al inspector, mister Jensen —dijo de nuevo Wolfe.

—Sí, le conozco. —La voz del Mayor sonaba llena de resentimiento—. De modo que su promesa de no llamar a la policía era una farsa también.

—No prometí tal cosa y lo comprenderá fácilmente. En un caso de asesinato no puede evitarse que intervenga la policía. Desde el momento que quedó establecido de un modo incuestionable que el revólver que mató a su padre y a mister Doyle fue el mismo que se empleó para atentar contra mí, es decir, contra mi sustituto mister Hackett, y que el arma en cuestión era la que estaba oculta en ese jarrón, yo no podía hacer otra cosa que pasar el caso a la Brigada de Homicidios.

—Insisto —dijo Jane al borde del histerismo—, en mis derechos de llamar a un abogado.

—Un momento —dijo Cramer con voz tajante—. Antes esperará usted a que haya verificado un examen ocular de esta habitación. —Y sin más preámbulos empezaron, él y el sargento Stebbins, a computar distancias, estudiar la posición de los muebles, los ángulos visuales... De pronto Wolfe se dirigió a Fritz y preguntó extrañado.

—¿Dónde está el otro cojín?

—¿Qué cojín? —inquirió Fritz.

—En ese sofá había seis cojines y ahora sólo hay cinco. ¿Qué se ha hecho del otro? ¿Lo ha quitado usted"?

—No, señor. —Fritz observó el sofá comprobando que, en efecto faltaba uno de los seis cojines—. No lo comprendo. Ayer se hizo limpieza de esa habitación y no faltaba ninguno.

—¿Está seguro?

—Positivamente seguro.

—Búsquelo. Archie le ayudará.

Quiero saber si está aquí.

Cramer y Stebbins continuaron su inspección, por un lado, mientras Fritz y yo buscábamos afanosamente el cojín por todos los rincones. Después de un repaso infructuoso le dije a Wolfe:

—El cojín no está aquí, mister Wolfe.

—Eso veo.

Le miré. Su rostro no revelaba gran cosa para un extraño, pero mis largos años de íntima colaboración con él me permiten leer en sus ojos, y comprendí al instante que no bastaba la pérdida de un cojín para producirle esa conmoción interior.

De pronto se dirigió a Cramer.

—Inspector, deje aquí al sargento Stebbins con miss Geer y mister Jensen y pase conmigo al despacho si lo prefiere. Fritz y Archie, síganme.

Cramer dio las órdenes oportunas a su subordinado y nos siguió al despacho. Nos siguió también el timbre agudo de la voz de Jane.

—Este en un ultraje. Insisto en que...

Cerré la puerta.

—Necesito que se encuentre ese cojín —dijo Wolfe sentándose en su sillón—. Registren la casa entera si es preciso, de los sótanos al ático. Menos el cuarto azul, que es donde está mister Hackett descansando. Empiecen por esta habitación.

Cramer protestó indignado.

—Pero, ¿qué diablos significa esto?

—Le daré una explicación cuando pueda dársela —dijo Wolfe—. Por de pronto necesito concentrarme y pensar. Le ruego que no me interrumpa.

Cerró los ojos mientras Fritz y yo nos dedicábamos a buscar el cojín por detrás de los archivos, en las ringleras

de libros, armarios..., Wolfe no abrió los ojos ni una sola vez. Luego, pasada media hora pareció despertar de su letargo y empezó a abrir activamente los cajones de su despacho. Los dos primeros no ocultaban nada, pero al abrir el tercero que tenía doble fondo exclamó triunfalmente.

—¡Aquí está!

Los tres nos acercamos a la mesa y en efecto, allí estaba el cojín desaparecido.

—Archie, busque en su mesa y vea si uno de sus revólveres ha sido disparado recientemente.

Abrí el cajón. El primer revólver era inocente. Probé el segundo y olía a

pólvora.

—Sí, señor —dije cerrando el cilindre—. Había seis cartuchos y sólo quedan cinco.

—¡El... botarate...! Diga a miss Geer y al mayor Jensen que pueden entrar si tienen interés en escuchar el relato del caso. De lo contrario, pueden marcharse. Lévese al sargento Stebbins arriba y tráiganme a mister Hackett. Procedan con cuidado y regístrenlo con precaución. Es un hombre peligroso en extremo, y al propio tiempo un idiota incorregible.

# CAPÍTULO IX

Le dije a Jensen:

—Quería usted ver a Wolfe para que le ayudara a buscar al asesino de su padre. No sólo le ha ayudado sino que ha logrado detenerlo sin la ayuda de nadie. Si quiere ver el final de la función, pase usted.

A Jane le dije:

—Deseaba usted evitar toda clase de publicidad que pudiera perjudicarla para obtener ese futuro cargo de vicepresidente. Wolfe ha conseguido

silenciar su nombre en ese caso de asesinato. Yo he contribuido con mi granito de arena., proporcionándole la ocasión de conocer a un prominente mayor. ¿Me guarda rencor?

Naturalmente, decidieron entrar para presenciar el acto final. Su actitud era significativa. Jensen había puesto una protectora mano sobre el hombro izquierdo de Jane, en tanto que una mano de ella descansaba en el antebrazo de Jensen. Comprobada la buena marcha del asunto, le comuniqué a Stebbins cuál era nuestro próximo objetivo, y subimos los dos al cuarto azul.

Diez minutos más tarde depositamos nuestra carga en el despacho de Wolfe.

Pero no fue un camino de rosas. Mister Hackett demostró una resistencia verdaderamente furiosa a dejarse apresar. Necesité seis minutos de los diez para persuadirle de que podían ocurrirle cosas peores que bajar al despacho de Wolfe.

Los cuatro minutos restantes los pasé sentado encima de Hackett, examinándome las patadas que me había atizado por si alguna necesitaba curarse, mientras Purley Stebbins se limpiaba la sangre de la mejilla y cuello en el cuarto de baño, y restañaba su pequeña herida con desinfectante y esparadrapo.

Lo entregamos enterito a la superioridad, salvo algunas contusiones

de carácter leve,

—Hubo resistencia —dije.

Wolfe se limitó a mirarlo sin animosidad, como si no fuera más que un objeto digno de estudio.

—Purley cree que lo ha visto antes de ahora —expliqué.

Purley Stebbins, atento a las ordenanzas se dirigió a su superior.

—Juraría que lo he visto en alguna parte, inspector. Pero no puedo recordar dónde.

—Un uniforme cambia mucho el aspecto de un individuo —apuntó Wolfe—. Es posible que le viera de uniforme.

—¿Un uniforme? —preguntó el sargento—. ¿Del ejército?

Wolfe negó con la cabeza.

—Mister Cramer dijo el miércoles que el portero de la casa donde vivía mister Jensen, y precisando más, el portero que prestaba sus servicios la noche en que fue asesinado, era un hombre de una corpulencia extraordinaria y que sólo llevaba dos semanas en la casa. El hombre declaró que en el momento de perpetrarse el asesinato estaba en el sótano cargando la caldera de la calefacción. Por teléfono podríamos averiguar si todavía sigue allí.

—No está —gruñó Cramer—. Se despidió el miércoles por la tarde.

—Sí —dijo Purley mirando a

Hackett con atención—.

Es él. Claro que es él. Cuando le interrogué parecía un atontado, incapaz de manejar con destreza ni la pala de carbón.

—Sí, es él —declaró Wolfe—. Una asombrosa mezcla de genio y bellaquería... y estupidez. Vino a Nueva York con el solo propósito de matarnos a Jensen y a mí. Y a propósito, mister Hackett, aunque parece estar un poco desconcertado, espero que se entere bien de lo que estoy diciendo.

Hackett permaneció mudo y sombrío.

—Creo que le interesará —continuó Wolfe—. Requeriré los servicios de la

policía secreta para que examinara los objetos pertenecientes al capitán Root en su celda de la cárcel de Maryland. De este registro deducimos que el capitán Root nos había mentado cuando dijo que no tenía noticias recientes de su padre, pues entre sus papeles fueron halladas varias cartas del padre fechadas unos dos meses atrás las más antiguas. Ese Thomas Root, por lo visto, tenía una adoración por su hijo que casi rayaba en obsesión. Le veía como el compendio de todas las cualidades; una auténtica lumbrera. —Wolfe señaló con un dedo hacia Hackett—. ¿Qué dice a eso, Root?

—¡Un día más!... —dijo el hombre

con los puños crispados—. ¡Un solo día más...!

Wolfe afirmó.

—Lo sé. Un día más y me hubiera asesinado, achacando el crimen a miss Geer o al mayor Jensen, basándose en la agresión frustrada de esta tarde. Luego hubiera desaparecido.

—Lo que no comprendo es su intervención en la agresión de esta tarde —dijo Jensen.

—Lo sabrá a su tiempo —dijo Wolfe arrellanándose más cómodamente en su sillón—. En primer lugar decidió matar a mister Jensen, una muestra palpable de su ingenio. Aprovechando la escasez de servicios domésticos pudo obtener sin

dificultad una plaza de portero en la casa donde vivía Jensen. Una vez camuflado allí, sólo le quedaba esperar la ocasión oportuna. Envió el anónimo, y al día siguiente mismo pudo cumplir su amenaza. Claro que no contaba con Doyle, pero como ninguno de ellos desconfiaba del portero, pudo ejecutar el doble crimen impunemente. El empleado del ascensor iba camino del décimo piso, la calle estaba desierta, y fue sólo cuestión de segundos envolver el revólver en un pañuelo, disparar contra Doyle por la espalda y descerrajarle un tiro a mister Jensen. Después bajó corriendo al sótano y se dedicó a cargar la caldera de la

calefacción, lo que le proporcionaba una excelente coartada... y la ocasión de quemar el pañuelo que envolvía el revólver.

Wolfe miró significativamente a Cramer.

—¿Le sirven de algo esos datos, inspector?

—Sí. Continúe.

—Lo celebro porque mistar Hackett, o mister Root para llamarle por su verdadero nombre, sólo podrá ser juzgado por esos dos crímenes, ya que su propósito de asesinar a mí no ha pasado de ser un propósito, y no creo que pudieran condenarle a la silla eléctrica por haberse hecho una pequeña

herida él mismo. Archie, ¿encontró algo en su bolsillo al registrarle?

—Sólo un cortaplumas de esos que constituyen el sueño dorado de un Boy Scout —dije—, provisto de lima, sacacorchos, tijeras, punzón, todo en una pieza.

—Páselo al sargento por si conserva alguna huella de sangre.

—Siga contando —dijo Cramer—. Pasemos a lo ocurrido hoy.

—Desde la noche del martes hasta hoy ocurrieron también cosas que le interesa saber, mister Cramer.

Después del doble crimen hice publicar un anuncio pidiendo un sustituto con determinadas características en las

que cualquiera que me conociese podría haber adivinado que se buscaba un doble de Nero Wolfe. ¿Fue Hackett lo suficientemente agudo para sospechar que era yo el anunciante y aprovechó la coyuntura para tenerme a su alcance? ¿O solicitó el empleo porque andaba escaso de fondos y le tentó la cuantía del sueldo? Sólo mister Root podría contestarnos esta pregunta.

Mister Root no parecía inclinado a contestar nada.

—Bien, en todo caso, cuando fue aceptado celebró usted doblemente su buena suerte y mi aparente candor. El hombre a quien pensaba asesinar le pagaba 100 dólares diarios y le

mantenía espléndidamente en su casa sin sospechar aparentemente sus intenciones. Sé que esta decisión mía les dará motivo para una serie de comentarios jocosos, pero puedo soportar su ironía, señores, porque yo continuaré viviendo y él no.

Por de pronto nadie parecía inclinado a burlarse de Wolfe.

—Esta mañana Hackett se enteró de que miss Geer iba a venir a verme a las seis de la tarde, y que sería él quien tendría que recibirla. Después de comer tomó un cojín de la sala de espera, cubrió con él su revólver y disparó un tiro contra el respaldo de mi sillón. Guardó luego el cojín en el cajón de

doble fondo de mi propio despacho, se metió el revólver en el bolsillo y, para que nadie advirtiera el agujero del respaldo antes de tiempo se quedó apostado como un Buda en mi sillón.

—Con todo, se exponía a que usted lo notara cuando él salió de paseo con mister Goodwin —dijo Cramer.

—Sabía que yo no me movía de mis habitaciones. Bien, a las seis llegó miss Geer acompañada, inesperadamente, por el mayor Jensen y fueron introducidos en la sala de espera. El cerebro de mister Root funcionó con celeridad. Cogió una de mis pistolas del cajón de la mesa de Archie, volvió a su sillón, abrió el cajón de doble fondo donde todavía estaba el

cojín, disparó un tiro dentro de él y cerró como un rayo el cajón. Archie entró alarmado, y al ver que Root estaba ileso corrió hacia la sala de espera. Esto le dio a Root la oportunidad de hacer dos cosas: devolver mi pistola al despacho de Archie y practicarse un corte superficial junto a la oreja. Luego Archie le acompañó al lavabo y le dejó allí un rato solo para que se calmara. Aprovechó ese pequeño lapso para entrar en la sala de espera por la puerta que comunica con el lavabo, ocultar su propio revólver y el pañuelo en el jarrón y regresar de nuevo al lavabo.

—¡Cielos! —exclamó Purley Stebbins—. ¡Ese tipo sería capaz de

atrapar a un avión por la cola desde la azotea del rascacielos del Empire!

—Sin duda —afirmó Wolfe—. A pesar de haberse conducido como un perfecto idiota su mente reacciona con lucidez... ocasionalmente. Sabía, por ejemplo, que el tiro disparado en el cajón de doble fondo no se descubriría hasta mucho más tarde porque nunca se utiliza, y en cuanto al revólver que había utilizado para ello, estaba de nuevo en el despacho de Archie y nadie sospecharía que le faltaba un cartucho. Preparada así la escena, un asesinato frustrado en el que habían estado presentes miss Geer y el mayor Jensen, nada más fácil para él que matarme a la

primera oportunidad achacando el crimen a uno de los dos jóvenes, y desaparecer.

—Todo perfecto —dijo lentamente Cramer—. Personalmente admito su teoría sin discusión, pero reconozca usted mister Wolfe, que algunas de sus conjeturas no podrán probarse.

—No necesito probarlas. Como dije antes, Root será ajusticiado por el doble asesinato de mister Jensen y mister Doyle, y esto ya está probado. Y ahora le estimaría que se lo llevarsen lejos de aquí. Su sola presencia me da náuseas.

—No se lo reprocho —admitió Cramer sonriendo, y con una seña a Stebbins añadió—: En marcha, Root.

Después de asegurarme de que Cramer y Purley habían podido embutir a Root, esposado, en el coche policial, regresé al despacho a tiempo que Jensen y Jane se despedían de Wolfe.

—Asombroso —decía Jensen—. Sus deducciones me han entusiasmado.

—Sí —declaró Jane—. Todavía no puedo creerlo; ha sido maravilloso.

—Le debo unos honorarios. Vine aquí el miércoles para pedirle que investigara la muerte de mi padre. No pude verle, pero me siento moralmente obligado y le agradecería que aceptara cinco mil dólares en concepto de...

—Solo acepto dinero de mis clientes por adelantado —le interrumpió Wolfe

— Y usted no ha sido mi cliente, mister Jensen. Si insiste en enviarme ese dinero me verá obligado a devolvérselo. Sea amable y evíteme esa molestia.

Jensen expresó con calor su profundo agradecimiento y dos minutos más tarde les acompañé a la puerta. Antes de salir a la calle Jane me tendió la mano impulsivamente.

— Archie —dijo—, olvide todo lo que he dicho. Ha estado espléndido y admirable, ¿no es cierto, Emile?

— Sí —dijo cordialmente Emile—, magnífico en todo.

De regreso al despacho vi a Wolfe sentado ante tres botellas de cerveza, presentando la imagen del hombre que

está en paz con la humanidad.

—Archie —dijo—, recuérdeme mañana que hay que telefonar a mister Viscarde pidiéndole un catálogo de la exposición de orquídeas que...

—Sí, señor. —Me dejé caer en la butaca de cuero rojo ahogando un bostezo.

Wolfe cerró los ojos con una beatífica sonrisa.